

Para proponer eficazmente esa nueva cultura de lo social es necesario que los cristianos sepan expresar una capacidad más incisiva de inculcar su fe en la realidad compleja y en la continua transformación que constituye el presente y el futuro de la sociedad italiana (cf. *Discurso a la Asamblea eclesial de Loreto*, 7).

En esta obra de gran importancia tienen un puesto de relieve las asociaciones de laicos que, conscientes de la propia riqueza cristiana y por lo tanto de la propia originalidad irreductible, deben reencontrar vigor y arrojo para escribir páginas de historia ricas de activa caridad y de renovada creatividad cultural, social y pastoral, por el bien de la nación italiana.

Perseverancia en los compromisos sociales

7. Aprovecho gustosamente la ocasión de este encuentro para confirmaros mi aprecio y dirigiros mi exhortación a perseverar generosamente en los compromisos de la pastoral social y del trabajo, a la que le habéis dado tanto de vosotros mismos y a la que tanto deseo que podáis seguir dando en el futuro, por el bien de la Iglesia y de las distintas categorías de trabajadores en la misma nación. Que Dios valore vuestros propósitos y los haga fecundos en frutos.

Prenda de estos deseos es la bendición apostólica que imparto de corazón a todos vosotros y a cuantos en la Iglesia italiana comparten vuestra solicitud.

ALOCUCION

DURANTE LAS VISPERAS DE LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTES EN EL SANTUARIO DEL DIVINO AMOR

INVOCACION AL ESPIRITU CREADOR AL COMIENZO DEL AÑO MARIANO: "VENI, CREATOR SPIRITUS. . ."

EL ESPIRITU QUE DIO A LA VIRGEN, A LOS APOSTOLES Y A LOS
DISCIPULOS, REUNIDOS EN ORACION, EL DON DE TESTIMONIAR CON
VALENTIA EL MENSAJE DE CRISTO ANTE EL MUNDO:
COMENZO ASI LA EVANGELIZACION

"Veni, Creator Spiritus, mentes
tuorum visita, imple superna gratia
quae Tu creasti pectora".

Queridísimos hermanos y herma-
nas:

1. En la tarde de la solemnidad
de Pentecostés, primer día del Año
Mariano, he deseado venir en pere-
grinación a este santuario del Divino
Amor, el cual —aunque de fecha re-

lativamente reciente respecto a la
incomparable basílica de Santa Ma-
ría la Mayor, a donde fui ayer— es
muy querido en la diócesis de Roma.

Como todos los santuarios, tam-
bién este lugar testimonia la presen-
cia de María Santísima en la vida de
la Iglesia en camino y su amor ma-
terno por los hijos que, confiados,
recurren a Ella. Nosotros la senti-
mos, en este momento, cercana,
mientras que "asiduos y concordes
en la oración", como los Apóstoles
en el Cenáculo, invocamos al Espí-
ritu Santo, a fin de que quiera derra-
mar con mayor abundancia sus dones
en este año de especial empeño espí-
ritual en preparación al Jubileo del
año 2.000.

"Ven, Espíritu Creador, visita las
almas de los tuyos, llena de tu gra-
cia divina los corazones que tú has
creado".

2. El Espíritu Consolador —apa-
recido en el Cenáculo bajo la for-
ma de lenguas de fuego—, el día de
Pentecostés dio a la Virgen, a los
Apóstoles y a los discípulos, reuni-
dos en oración, el don de testimo-
niar con valentía el mensaje de
Cristo ante el mundo. Desde enton-
ces el Espíritu comenzó a conceder a
la Iglesia la variedad y la potencia
de los que el Concilio llama "los do-
nes jerárquicos y carismáticos" (*Lumen gentium*, 4).

En el pequeño núcleo, reunido
en el Cenáculo e impelido por el
Espíritu Santo al anuncio apostóli-
co y profético, es la misma Iglesia, en
la variedad de sus ministerios y de sus
carismas, recíprocamente complemen-
tarios entre sí, la que inicia humilde
y confiadamente su camino, sufrien-
te pero imparible, de gradual conquis-
ta de las almas para Cristo, para bau-
tizmar, purificar y santificar a los hom-
bres "en el nombre del Padre, del Hi-

jo y del Espíritu Santo".

También nosotros hoy, aquí, que-
ridos hermanos y hermanas, somos
llamados por el mismo Espíritu a
continuar —cada uno de nosotros
según el propio don recibido— esta
obra de anuncio y de testimonio,
para que el acontecimiento de Pente-
costés realice su misterioso influjo
salvífico sobre la humanidad entera.

3. Pentecostés, el acontecimiento
grandioso, etapa decisiva de la histo-
ria de la salvación, de la que estamos
haciendo memoria litúrgica, nos re-
cuerda por una parte el cumplimiento
del misterio de la Encarnación, pero
por otra parte constituye un inicio car-
gado de promesas, el inicio de ese ca-
mino de la Iglesia a través de los si-
glos —de ese camino de fe—, que du-
ra todavía hoy y durará hasta el fin
del mundo, y en el que —como he di-
cho en la Encíclica *Redemptoris
Mater* (n. 49)— María constantemen-
te nos precede como la que es an-
terior en la fe: anterior no sólo en sen-
tido cronológico, sino también por-
que Ella es modelo del perfecto cre-
yente para todos nosotros.

Esta guía materna que María de-
sempeña con la Iglesia, bajo la acción
del Espíritu Santo que conduce a
los creyentes a la plenitud de la Ver-
dad, esta acción constante de la Vir-
gen en favor de la Iglesia, constituye
su "cooperación" a la obra de la redem-
ción y su contribución para que
ésta pueda alcanzar efectivamente a
todas las almas.

Por esto, como he dicho en la
Encíclica *Redemptoris Mater*, una
de las finalidades de este Año Ma-
riano, es la de llamar a la Iglesia
"no sólo a recordar todo lo que en su
pasado testimonia la especial y mater-
na cooperación de la Madre de Dios
en la obra de la salvación en Cristo
Señor, sino además a preparar, por su
parte, para el futuro, los caminos de

esta cooperación: ya que el final del segundo milenio cristiano abre como una nueva perspectiva" (ib.). El Año Mariano debe estimularnos, en particular, a comprometernos en la plena maduración de los frutos del reciente Concilio, que ha sido, para nuestro siglo, una especie de nuevo Pentecostés y un signo de la colaboración que María ha dado y da a la actuación del misterio de la salvación.

4. El acontecimiento de Pentecostés, que hoy revivimos litúrgicamente, es un acontecimiento de verdad. Precisamente porque iluminados por la Verdad y como poseídos e invadidos por ella, los discípulos del Señor se sienten capaces de anunciarla al mundo con absoluta certeza y con la firme convicción de actuar por el bien eterno de la humanidad.

En este Año Mariano pidamos al Espíritu que, por intercesión de la Virgen, la "Sede de la Sabiduría", podamos "caminar en la luz" y profundizar ulteriormente el misterio de Cristo. Sin la asistencia del Espíritu de Verdad, es imposible a la Iglesia, a cada uno de nosotros, anunciar convenientemente este misterio. Más aún, no seremos absolutamente capaces de ello, dada la limitación y la debilidad de nuestro espíritu y de nuestra inteligencia. Por ello, como he dicho en la Encíclica *Dominum et Vivificantem* (n. 6), el Espíritu debe ser, en esta tarea que El mismo nos confía, "la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano. Esto sirve para los Apóstoles", pero, "en una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del maestro, ya que deberán aceptar con fe y confesar con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo

de esa misma historia".

Y si estamos en la verdad, podremos poner por obra la verdad. "Si caminamos en la luz —nos dice el Apóstol Juan (1 Jn 1, 7)— como El" (es decir, Dios) "está en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado".

¡Que el Espíritu Santo, por intercesión de María, en este Año a Ella dedicado, ilumine nuestras mentes y dé fuerza a nuestra voluntad para poner por obra el verdadero bien de los hermanos!

5. Que María, la "llena de gracia", nos obtenga del Espíritu copiosos dones de gracia, para vencer todas las potencias del mal. La fragilidad humana, en efecto, está siempre amenazada por las malas inclinaciones, por la mentalidad del mundo y por las sugerencias del maligno. La fuerza del mal —la "cizaña" de que habla el Evangelio— está constantemente presente en la historia de aquí abajo. Pero presente en nuestras situaciones humanas está también el Espíritu de Verdad, que ayuda a los hombres a conocer la verdad del pecado. "De este modo —he escrito en la Encíclica citada—, los que 'convencidos en lo referente al pecado' se convierten bajo la acción del Paráclito, son conducidos, en un cierto modo, fuera del ámbito del 'juicio': de aquel 'juicio' mediante el cual el príncipe de este mundo está juzgado... Los que se convierten, pues, son conducidos por el Espíritu Santo fuera del ámbito del 'juicio', e introducidos en aquella justicia, que está en Cristo Jesús, porque la 'recibe' del Padre, como un reflejo de la santidad trinitaria" (*Dominum et Vivificantem*, 48).

La victoria contra el mal requiere mucha energía, mucha tenacidad,

mucho espíritu de sacrificio. Supone una verdadera lucha, a veces incluso larga. Que la Santísima Virgen nos obtenga del Espíritu Santo la fuerza y la perseverancia necesaria para conducir a buen fin esta lucha.

6. En este Año Mariano, por último, pedimos la paz. La lucha contra el mal y el pecado está dirigida a conseguir plenamente esa paz traída por Cristo Redentor, que brota de la cruz y de su sacrificio, y que se irradia desde la Eucaristía, realizándose en el ejercicio de la caridad fraterna y en el gusto por las cosas celestiales.

La paz es un don especial de Cristo y del Espíritu Santo.

El hombre de hoy se siente amenazado; la humanidad sabe que está en peligro: "En el horizonte de la civilización contemporánea —especialmente la más avanzada en sentido técnico-científico— los signos y señales de muerte han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes" (*Dominum et Vivificantem*, 57). Pero el Espíritu Santo, fuente de la vida y de la paz, está siempre preparado para venir en ayuda de nuestra debilidad, a sugerirnos el modo de superar tensiones, injusticias, conflictos: "Gemimos, sí, pero en una espera llena de indefectible esperanza, porque precisamente a este ser humano se ha acercado Dios, que es Espíritu" (ib.).

Invoquemos, por tanto, más intensamente a este Espíritu en el Año Mariano que se está abriendo. Invoquémoslo preparándonos a recibirlo

con corazón purificado y arrepentido, entregado a las obras de la justicia. "Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración" (ib., 65), y precisamente en la oración "el soplo de la vida divina, el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y se hace sentir" (ib.).

"¡A El, como Paráclito, como Espíritu de la verdad y del amor, se dirige el hombre que vive de la verdad y del amor, y que sin la fuente de la verdad y del amor no puede vivir... A El se dirige la Iglesia a lo largo de los intrincados caminos de la peregrinación del hombre sobre la tierra; y pide, de modo incesante, la rectitud de los actos humanos..., el gozo y el consuelo..., la gracia de las virtudes, que merecen la gloria celeste..., la salvación eterna!" (ib., 67).

7. ¡María, Madre del Redentor y Madre nuestra, puerta del cielo y estrella del mar, socorre a tu pueblo que cae, pero que también anhela resurgir! Ven en ayuda de la Iglesia en este Año a Ti dedicado: ilumina a tus hijos devotos, fortifica a los fieles dispersos por el mundo, llama a los alejados, convierte a quien vive prisionero del mal!

Y Tú, Espíritu Santo, sé para todos descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos; y danos tu gozo eterno. ¡Así sea!

ALOCUCION

A LOS OBISPOS DE
ESTADOS UNIDOS EN EL
SEMINARIO MENOR DE
NUESTRA SEÑORA
DE LOS ANGELES

DIRECTRICES DOCTRINALES Y PASTORALES PARA
EL GOBIERNO ECLESIAL Y LA ACCION EVANGELIZADORA

El Santo Padre, con los obispos de los Estados Unidos, afronta el tema de su ministerio pastoral. En particular, trata sobre los temas de la comunión eclesial, de la enseñanza moral, de los laicos y de las vocaciones, presentados por el cardenal Bernardin y por los arzobispos Quinn, Weakland y Pilarczyk. El Papa invita a todos los obispos a descubrir, en su identidad, la llamada a la santidad y a la conversión.

I

Queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Antes de dar comienzo a nuestro intercambio fraterno, deseo expresarles mi más profunda gratitud: gratitud por vuestras reiteradas invitaciones para celebrar esta visita pastoral, gratitud por vuestra presencia aquí, hoy, y gratitud por la cantidad enorme de preparativos que esta visita ha requerido. Os doy las gracias, en primer lugar, por vuestro trabajo diario y por vuestra *coparticipación conmigo en el Evangelio*. En una palabra, os doy las gracias por "la obra de vuestra fe, los trabajos de vuestra caridad, y la tenacidad de vuestra esperanza en Jesucristo Nuestro Señor" (1 Tes 1, 3).

El cardenal Bernardin nos ha introducido en la realidad extremadamente importante de la "comunión", inmemorable marco para nuestro encuentro. Como obispos, nunca debemos cansarnos de meditar en la oración sobre este tema. Puesto que —como afirmaba la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985— "la eclesiología de la comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio" (*Relatio Finalis*, C, 1), de ello se desprende que debemos referirnos incesantemente a esos mismos documentos para quedar así impregnados de la profunda visión teológica de la Iglesia que el Espíritu Santo nos ha puesto delante y que constituye el fundamento de todo el ministerio pastoral en el peregrinar de la Iglesia a través de la historia humana.

El programa de nuestro ministerio colegial no puede ser otro que introducir en la corriente de la vida eclesial toda la riqueza de la auto-comprensión de la Iglesia que el Espíritu Santo ha donado a la comunidad de fe en la celebración del Concilio Vaticano II. La renovación de la vida católica que el Concilio ha querido ha de

valorarse no simplemente en términos de estructuras exteriores, sino en una más profunda comprensión y en una más eficaz aplicación de la visión esencial de su verdadera naturaleza y misión que el Concilio ha venido a ofrecer a la Iglesia al final del segundo milenio de la era cristiana. Tal renovación depende del modo como las intuiciones fundamentales del Concilio sean auténticamente recibidas en el seno de cada Iglesia particular y en la Iglesia universal.

En el centro de la autocomprensión de la Iglesia está el concepto de *comunión*: en primer lugar, una participación mediante la gracia en la vida del Padre que se nos ha dado a través de Cristo en el Espíritu Santo. Dios "nos ha elegido en El —en Cristo— antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor" (Ef 1, 4). Esta comunión tiene origen en una llamada divina, en el eterno decreto que nos ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo (cf. Rom 8, 28-30). Se realiza a través de la unión sacramental con Cristo y a través de la participación orgánica en todo aquello que constituye la realidad humana y divina de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que se extiende a través de los siglos y es enviado al mundo para abarcar a todos los hombres sin distinción.

2. Se ve claramente que en las décadas que han seguido al Concilio esta "dimensión vertical" de la comunión eclesial se ha experimentado ciertamente de forma menos profunda por parte de muchos que, por el contrario, tienen un acentuado sentido de su "dimensión horizontal". Sin embargo, mientras toda la comunidad cristiana no tenga una conciencia clara de la efusión maravillosa y totalmente gratuita de la "bondad y del amor de Dios Nuestro Salvador", que nos ha salvado "no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia" (Tit 3, 4-5), el entero ordenamiento de la vida de la Iglesia y el ejercicio de su misión de servicio en favor de la familia humana se verá radicalmente debilitado y nunca alcanzará el nivel deseado por el Concilio.

El cuerpo eclesial permanece sano en la medida en que la gracia de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, es aceptada por sus miembros. Nuestros esfuerzos pastorales son fecundos, en última instancia, cuando el Pueblo de Dios —nosotros, los obispos, junto con el clero, los religiosos y los laicos— es llevado a Cristo, crece en la fe, en la esperanza y en la caridad y llega a ser un testigo auténtico del amor de Dios en medio de un mundo necesitado de transfiguración.

El cardenal Bernardin ha afirmado justamente que sólo si hay una sola fe, un solo Señor y un solo bautismo, sólo entonces, puede haber una única fidelidad a la Palabra de Dios perennemente proclamada en la Iglesia, confiada al Colegio Episcopal, con el Romano Pontífice como cabeza visible y fuente perpetua de unidad. La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree (cf. Rom 1, 6; *Dei Verbum*, 17), se ha revelado plenamente en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo. De este misterio pascual emana una salvación que es trascendente y eterna: "El murió por nosotros, para que... vivamos juntos con El" (1 Tes 5, 10). Es, por tanto, tarea de la Iglesia —mientras trata por todos los modos posibles de incrementar su servicio en bien de la familia humana, en todas sus exigencias— predicar la llamada de Cristo a la conversión y proclamar la redención en su sangre.

3. La "dimensión vertical" de la comunión eclesial tiene un significado profundo en la comprensión de la relación de las Iglesias particulares con la Iglesia universal. Es importante evitar una visión puramente sociológica de dicha relación. "En las cuales (en las Iglesias particulares) y a base de las cuales se constituye

la Iglesia católica, una y única" (*Lumen gentium*, 23). Pero esta Iglesia universal no puede concebirse como el conjunto de las Iglesias particulares, o como una federación de Iglesias particulares.

En la celebración de la Eucaristía estos principios aparecen claramente. Porque, como especifica el documento conciliar sobre la liturgia: "la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la Eucaristía en una misma oración, junto al único altar, donde preside el obispo rodeado de su presbiterio y ministros" (*Sacrosanctum Concilium*, 41). Cada vez que una comunidad se reúne alrededor del altar, bajo el ministerio sagrado del obispo, allí está Cristo presente, y allí, en virtud de Cristo, se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica (cf. *Lumen gentium*, 26).

La Iglesia católica subsiste en cada Iglesia particular, que sólo puede ser verdaderamente completa a través de una comunión efectiva en la fe, en los sacramentos y en la unidad con todo el Cuerpo de Cristo. El pasado mes de noviembre, en la Carta que os dirigí durante vuestro encuentro en Washington, me detuve en este aspecto de la comunión. En aquella ocasión escribí: "El auténtico misterio de la Iglesia nos lleva a reconocer que la Iglesia una, santa, católica y apostólica está presente en cada Iglesia particular del mundo. Y puesto que el Sucesor de Pedro ha sido constituido para toda la Iglesia como Pastor y como Vicario de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 22), todas las Iglesias particulares —precisamente porque son católicas, precisamente porque engloban en sí mismas el misterio de la Iglesia universal— están llamadas a vivir en comunión con él.

"Nuestra relación de comunión eclesial —collegialitas efectiva et affectiva— se manifiesta en el misterio mismo de la Iglesia. Precisamente porque sois Pastores de Iglesias particulares, en las que subsiste la plenitud de la Iglesia universal, estáis y debéis estar en plena comunión con el Sucesor de Pedro. Reconocer vuestro ministerio como 'vicarios y delegados' para vuestras Iglesias particulares (cf. *Lumen gentium*, 27) es comprender más claramente el ministerio de la Cátedra de Pedro, que 'preside la asamblea universal de la caridad, protege las diferencias legítimas y simultáneamente vela para que las divergencias sirvan a la unidad en vez de dañarla' (*Lumen gentium*, 13)" (Carta del 4 de noviembre de 1986, *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 23 de noviembre de 1986, pág. 3).

4. También en esta perspectiva hemos de ver el ministerio del Sucesor de Pedro, no sólo como un servicio "global" que alcanza a toda la Iglesia particular desde "fuera", sino como formando parte también de la esencia de cada Iglesia particular desde "dentro". Precisamente porque esta relación de comunión eclesial —nuestra *collegialitas efectiva et affectiva*— es una parte tan íntima de la estructura de la vida de la Iglesia, su ejercicio requiere de todos y de cada uno de nosotros que estemos plenamente unidos, en la mente y en el corazón, con el deseo de Cristo en relación a nuestras funciones en el Colegio Episcopal. El Concilio se esforzó no solamente en definir estas funciones, sino también en colocar en su justa perspectiva el ejercicio de la autoridad en la Iglesia, perspectiva que precisamente es la de la *communio*. A este respecto, el Concilio ha supuesto también —por usar las palabras del Sínodo Extraordinario— una "expresión e interpretación legítimas y válidas del depósito de la fe, tal cual se contiene en la Sagrada Escritura y en la viva Tradición de la Iglesia" (*Relatio Finalis*, 1, 2).

Como también os escribí el pasado año, me he esforzado por cumplir con mi función de Sucesor de Pedro en un espíritu de solidaridad fraterna con vosotros. Deseo sólo estar al servicio de todos los obispos del mundo y —en obediencia a mi responsabilidad específica de servicio a la unidad y universalidad de la Iglesia— confirmarlos en su propio ministerio colegial. Vuestro apoyo fraternal y vuestra coparticipación en el Evangelio me han animado siempre en esta tarea. Por todo ello, os expreso ahora, una vez más, mi profundo agradecimiento. Es de gran importancia para la Iglesia que con la inmensa fuerza de la comunión eclesial continuemos proclamando juntos a Jesucristo y su Evangelio. De este modo, nosotros mismos vivimos plenamente, como Sucesores de los Apóstoles, el misterio de la comunión eclesial. Al mismo tiempo, a través de nuestro ministerio, damos a los fieles la posibilidad de entrar cada vez más profundamente en la vida eclesial de comunión con la Santísima Trinidad.

II

5. El arzobispo Quinn ha hablado de la Iglesia como una comunidad que desea permanecer fiel a la enseñanza moral de Nuestro Señor Jesucristo. Proclamar un cuerpo de enseñanzas morales forma parte, efectivamente, de manera inseparable, de la misión de la Iglesia en el mundo. Desde sus orígenes la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, ha intentado aplicar la revelación de Dios en Cristo a cada uno de los distintos aspectos de nuestra vida en este mundo, consciente de que hemos sido llamados a vivir "de una manera digna del Señor, agradándole en todo" (Col 1, 10).

Se dice a veces que un gran número de católicos, hoy, no se adhieren a las enseñanzas de la Iglesia respecto de un buen número de cuestiones relacionadas, sobre todo, con la moral sexual y conyugal, el divorcio y las segundas nupcias. De algunos se ha dicho que no aceptan la posición clara que la Iglesia mantiene con respecto al aborto. Se ha observado, además, que existe cierta tendencia, por parte de algunos católicos, a ser selectivos en su adhesión a las enseñanzas morales de la Iglesia. Otros sostienen que disentir del Magisterio es del todo compatible con ser "buenos católicos" y no supone un obstáculo para la recepción de los sacramentos. Esto constituye un grave error que representa un desafío para la función magisterial de los obispos en los Estados Unidos y de los obispos de otros países. Deseo animaros, en el amor de Cristo, a afrontar valientemente en vuestro ministerio pastoral esta situación, apoyándoos en la fuerza de la verdad divina para ganar el consenso y en la gracia del Espíritu Santo que ha sido dada tanto a quienes proclaman el mensaje como a quienes va dirigido este mensaje.

Hemos de recordar, además, incesantemente que la enseñanza de la Iglesia de Cristo —como Cristo mismo— es un "signo de contradicción". Nunca ha sido fácil aceptar la enseñanza del Evangelio en su totalidad y nunca lo será. La Iglesia está comprometida, tanto en la fe como en la moral, a hacer su enseñanza tan clara y comprensible como sea posible, presentándola con toda la fuerza de la verdad divina. Y sin embargo, el desafío del Evangelio es inherente al mensaje cristiano transmitido a toda generación. El arzobispo Quinn ha hecho referencia a un principio con consecuencias extremadamente importantes para cualquier sector de la vida de la Iglesia: "... La revelación de Dios se realiza principalmente en la cruz de Cristo que hace que la 'locura' de Dios sea más sabia que la sabiduría de los hombres. A menudo, la sabiduría humana en una determinada época parece tener la últi-

ma palabra. Pero la cruz nos ofrece una perspectiva que cambia radicalmente los juicios". Sí, queridos hermanos, *la cruz —precisamente en el acto de revelar la misericordia, la compasión y el amor— cambia radicalmente los juicios.*

6. Muchos otros puntos de orden general podrían señalarse. Ante todo la Iglesia es una comunidad de fe. Aceptar la fe quiere decir adhesión a la Palabra de Dios como nos es transmitida por el Magisterio auténtico de la Iglesia. Este asentimiento constituye la actitud fundamental del creyente y es un acto de la voluntad, así como de la mente. Estaría completamente fuera de lugar tratar de modelar este acto religioso sobre la base de actitudes en razón de la cultura secular.

En el seno de la comunidad eclesial *la discusión teológica se sitúa en un contexto de fe.* Disentir de la doctrina de la Iglesia se queda en lo que sencillamente es: disentir; y, como tal, no puede proponerse o recibirse en la misma medida que la enseñanza auténtica de la Iglesia.

Además, como obispos, debemos cumplir de manera especial con nuestra función de auténticos maestros de la fe, cuando opiniones divergentes de la enseñanza de la Iglesia son propuestas *como fundamento de la práctica pastoral.*

Es mi deseo apoyaros mientras continuáis en el empeño de un diálogo fecundo con los teólogos sobre la *legítima libertad de investigación* que es un derecho suyo. Vosotros, justamente, los alentáis con sinceridad en su difícil tarea y les aseguráis lo mucho que la Iglesia necesita y estima profundamente su trabajo dedicado y constructivo. Por su parte, ellos reconocerán que el título de *teólogo católico* expresa una vocación y una responsabilidad al servicio de la comunidad de fe y se someterán a la autoridad de los Pastores de la Iglesia. De manera particular, vuestro diálogo debe intentar demostrar que el disentir y la confrontación como actitud y método en el ámbito de la enseñanza de la Iglesia son inaceptables.

7. Al hablar en nombre vuestro, el arzobispo Quinn ha manifestado una conciencia plena de la gravedad del desafío que vuestro ministerio magisterial debe afrontar. Ha hablado de una doble tarea: de la *conversión de la mente y de la conversión del corazón.* El camino que lleva al corazón pasa, muy a menudo, a través de la mente y a lo largo y ancho de la Iglesia existe hoy necesidad de *un nuevo esfuerzo de evangelización y de catequesis que vaya dirigido a la mente.* En otro lugar he mencionado la relación entre el Evangelio y la cultura. Aquí, quiero subrayar la importancia de la formación de la mente en todos los niveles de la vida católica.

A los niños y jóvenes católicos es necesario darles *una posibilidad efectiva de aprender las verdades de la fe* de manera que ellos mismos lleguen a ser capaces de formular su identidad católica en términos de doctrina y de pensamiento. *En este sentido la prensa católica puede ofrecer una magnífica contribución* para elevar el nivel general del pensamiento y de la cultura católica. Los seminarios especialmente tienen la responsabilidad de garantizar que los futuros sacerdotes adquieran un alto nivel de preparación y competencia intelectuales. Programas de educación permanente para sacerdotes, religiosos y seglares, juegan un importante papel en orden a estimular un necesario y serio acercamiento intelectual a las numerosas cuestiones que afronta la fe en el mundo contemporáneo.

Un aspecto fundamental de este "apostolado de la mente" es el que se refiere al *deber y derecho de los obispos a estar efectivamente presentes en los colegios y universidades católicos* y en los institutos de educación superior con el fin de

salvaguardar y promover su propio carácter católico, especialmente en lo que respecta a la transmisión de la doctrina católica. Es una tarea que requiere atención personal por parte de los obispos, ya que es una responsabilidad específica propia que deriva de su función magisterial. Ello conlleva frecuentes contactos con el personal docente y administrativo y exige la puesta a punto de programas serios de atención pastoral para con los estudiantes y demás miembros de la comunidad académica. Mucho se ha realizado ya en este sentido y aprovecho ahora la ocasión para animaros a buscar formas para intensificar estos apostolados.

Uno de los mayores servicios que nosotros, los obispos, podemos prestar a la Iglesia es el de confirmar a las generaciones católicas de hoy y de mañana en una sana y completa comprensión de su fe. La comunidad eclesial se verá así maravillosamente reforzada en todos los aspectos de la vida moral cristiana y en su servicio generoso. El necesario acercamiento intelectual, sin embargo, está vinculado íntimamente a la fe y a la oración. *Nuestro pueblo ha de tomar conciencia de su dependencia de la gracia de Cristo y de la gran necesidad de abrirse cada vez más a su acción.* Jesús mismo quiere que todos nosotros estemos convencidos de sus palabras: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5).

III

8. El Sínodo que se celebrará en Roma el mes próximo afrontará ciertamente, de manera detallada las muchas e importantes cuestiones suscitadas por el arzobispo Weakland en su exposición sobre el *papel de los laicos.* Estas observaciones, al igual que las mías, conciernen de manera particular a los laicos católicos en Estados Unidos.

Se ha dicho que: "La Iglesia en los Estados Unidos de América puede enorgullecerse de tener el mayor número del mundo de fieles instruidos". Esta afirmación encierra muchas implicaciones. La situación que ilustra es *motivo de humilde complacencia y gratitud,* puesto que representa una gran conquista: el considerable empeño educativo de la Iglesia de este país durante tantas y tantas décadas. Al mismo tiempo, la formación de los fieles deja entrever un gran potencial y una gran esperanza para el futuro, ya que "se prevé que éstos seguirán desempeñando un papel de primera importancia en la sociedad y cultura de los Estados Unidos en los años venideros".

Ante todo, a través de los laicos, la Iglesia se halla en condiciones de ejercer una gran influencia sobre la cultura americana. Esta cultura es *una creación humana.* Es el producto de una intuición y comunicación comunitarias. Es el fruto de un intercambio de personas de una sociedad particular. Y la cultura, aun teniendo una cierta resistencia dinámica, está siempre cambiando y desarrollándose como una forma de vida. De hecho, la cultura americana de hoy se encuentra en continuidad con vuestra cultura de hace cincuenta años. No obstante, ha cambiado; ha sufrido la gran influencia de tendencias y corrientes de pensamiento.

Pero, *¿cómo evoluciona hoy la cultura americana?* ¿Está recibiendo esta evolución la influencia del Evangelio? ¿Refleja claramente la inspiración cristiana? Vuestra música, vuestra poesía, vuestro arte, vuestro teatro, la pintura y la escultura, la producción literaria, ¿no son todas ellas cosas que reflejan en qué medida el alma de una nación está influenciada por el espíritu de Cristo para el perfeccionamiento de la humanidad?

Me doy cuenta de que es difícil responder a tales interrogantes, dada la complejidad y variedad de vuestra cultura. Pero dichas cuestiones son importantes de cara a cualquier consideración sobre el papel de los laicos católicos, "el mayor número del mundo de fieles instruidos". Y sobre *todo los laicos*, los que, después de recibir la inspiración del Evangelio, *llevan su influjo sublime y vivificador al mundo de la cultura*, a todas las esferas del pensamiento, a la creatividad artística, a las más diversas profesiones y lugares de trabajo, a la vida familiar y a la sociedad en general. Como obispos, con la misión de guiar a los laicos y animarlos al cumplimiento de su misión eclesial en el mundo, hemos de continuar sosteniéndolos en su esfuerzo por ofrecer su aportación específica en favor de la evolución y desarrollo de la cultura y de su impacto en la sociedad.

9. En relación con este problema y en sectores como son la política, la economía, los mass-media y la vida internacional, *el servicio que nosotros prestamos es, en primer lugar, un servicio sacerdotal*: el servicio de predicar y enseñar la Palabra de Dios con fidelidad a la verdad, y acercar siempre más y más a los laicos al diálogo de salvación. Nuestra tarea es guiar a nuestro pueblo hacia la santidad, especialmente a través de la gracia de la Eucaristía y de toda la vida sacramental. El servicio de nuestro liderazgo pastoral, purificado en la oración y en la penitencia personal, sin asumir en modo alguno un estilo autoritario, debe saber escuchar e infundir ánimos, lanzar retos y, a veces, corregir. Bien es cierto que no se trata de condenar a la sociedad tecnológica, sino más bien de exhortar al laicado a transformarla desde dentro a fin de que pueda recibir el sello del Evangelio.

10. Servimos mejor a nuestros laicos cuando realizamos todo esfuerzo para ofrecerles, contando con su propia colaboración, *un extenso y sólido programa de catequesis* con el fin de hacer "madurar la fe inicial y educar al verdadero discípulo de Cristo a través de un conocimiento más profundo y sistemático de la Persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo" (*Catechesi tradendae*, 19). Este programa les servirá también de ayuda en el desarrollo de la aptitud de discernimiento capaz de distinguir el espíritu del mundo del Espíritu de Dios, y lo que es una auténtica cultura de aquellos otros elementos que degradan la dignidad humana. Todo ello puede proporcionarles una base sólida para crecer en el conocimiento y en el amor de Jesucristo mediante la conversión continua y el compromiso personal con las exigencias del Evangelio.

11. Hablando de los laicos, siento un deseo particular de ofreceros mi apoyo en todo lo que hacéis en favor de la *vida familiar*. El arzobispo Weakland ha hecho referencia "al gran número de divorcios y separaciones de muchas familias", señalando así un problema que requiere un especial cuidado pastoral. Soy consciente de la gran tristeza y profunda solicitud pastoral que todos nosotros tenemos para con quienes se ven envueltos en sus vidas por estas realidades.

Como podréis recordar, con ocasión de vuestras visitas *ad Limina*, hace ahora cuatro años, os hablé largamente del *matrimonio*. Sin pararme ahora a repetir todo lo que ya dije en aquella ocasión, deseo animaros a que sigáis esforzándoos continuamente, con celo y generosidad, para ofrecer a *las familias una atención pastoral*. Os exhorto, además, frente a las tendencias que amenazan la estabilidad del matrimonio, la dignidad del amor humano y de la vida humana así como su transmisión, a no perder nunca la confianza y el coraje. Por medio de la gracia que se nos ha dado como Pastores, debemos esforzarnos por presentar, lo más eficazmente posible,

la enseñanza de la Iglesia en su integridad, incluyendo el mensaje profético contenido en la *Humanae vitae* y en la *Familiaris consortio*.

La enseñanza fiel de la relación intrínseca entre las dos dimensiones, unitiva y procreativa, del acto conyugal, es ciertamente sólo una parte de nuestra responsabilidad pastoral. Con solicitud pastoral hacia las parejas, la *Familiaris consortio* subraya que: "la comunidad eclesial, en el tiempo presente, debe preocuparse por suscitar convicciones y ofrecer ayudas concretas a quienes desean vivir la paternidad y la maternidad de modo verdaderamente responsable. . . . Esto significa un compromiso más amplio, decisivo y sistemático en hacer conocer, estimar y aplicar los métodos naturales de regulación de la fertilidad" (n. 35).

Con ocasión de las últimas visitas *ad Limina*, os decía: "las parejas que escogen los métodos naturales perciben la diferencia profunda —tanto antropológica como moral— entre la contracepción y la planificación natural de la familia. Sin embargo, no están exentas de dificultades. En realidad, a menudo pasan por una cierta conversión hasta llegar a comprometerse en el uso de los métodos naturales; por ello necesitan de una adecuada formación, estímulo, consejo y apoyo pastoral. Hemos de ser sensibles a sus esfuerzos y hacernos partícipes de las necesidades que van a encontrar en su camino. Hemos de animarles a seguir adelante con generosidad, confianza y esperanza. Por nuestra condición de obispos, tenemos el carisma y la responsabilidad pastoral de hacer que nuestro pueblo sea consciente del *influjo inigualable que la gracia del sacramento del matrimonio ejercita sobre todos los aspectos de la vida conyugal, incluida la sexualidad* (*Familiaris consortio*, 33). La enseñanza de la Iglesia de Cristo no sólo es luz y fuerza para el pueblo de Dios, sino que eleva también los corazones en la alegría y en la esperanza.

"Vuestra Conferencia Episcopal ha elaborado un programa especial para ampliar y coordinar esfuerzos en las distintas diócesis. Pero el éxito de tantos afanes requiere el interés pastoral constante y la ayuda de cada obispo en su diócesis, y os estoy muy agradecido por cuanto estáis haciendo en este importante apostolado" (Discurso del 24 de septiembre de 1983: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de enero de 1984, pág. 12).

12. Mi gratitud profunda para con vosotros se extiende a otros muchos sectores en los que, con generoso empeño, habéis ido llevando a cabo vuestra actividad *para y con los laicos*. Ello incluye vuestros incesantes esfuerzos por *promover la paz y la justicia y el sostenimiento de las misiones*. En el ámbito de la *defensa de la vida humana* habéis trabajado con excepcional dedicación y constancia. Ya con ocasión de las visitas *ad Limina* de 1978, Pablo VI llamó vuestra atención sobre esta actividad, dándoos así garantías del aprecio de la Santa Sede. Dada su excepcional importancia, deseo citar aquí algunas palabras suyas en las que con fuerza os invita a seguir adelante y, al citarlas, las hago también mías:

"En el nombre de Jesucristo os damos las gracias por vuestro ministerio al servicio de la vida. Sabemos que os habéis afanado para que las palabras del Buen Pastor se cumplan: 'que tengan vida y la tengan sobreabundante'. Muchos católicos —sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos— bajo vuestra guía se han unido a los numerosos proyectos encaminados a defender, cuidar y promover la vida humana.

"Con la iluminación de la fe, el estímulo del amor y la conciencia de vuestra responsabilidad pastoral os habéis opuesto a cuanto hiere, debilita u ofende la vida humana. Vuestra caridad pastoral ha encontrado muchos modos de manifestarse con acierto en relación al tema de la vida, con medios dirigidos a proteger la vida en sus

facetas múltiples. Os habéis esforzado en proclamar con los hechos que todos los aspectos de la vida humana son sagrados.

"Por ello vuestros trabajos han buscado desterrar el hambre, iluminar situaciones vitales inhumanas, organizar obras en favor de los pobres, los ancianos y las minorías. Habéis trabajado por mejorar el orden social en sí mismo. Sabemos igualmente que habéis ido señalando al mismo tiempo a vuestra gente la meta a que Dios la llama: la vida de arriba en Cristo Jesús (cf. Flp 3, 14).

"Entre vuestras actividades múltiples al servicio de la vida hay una que en esta coyuntura de la historia merece sobre todas nuestra recomendación fuerte y nuestro apoyo firme: es la lucha continua contra lo que el Concilio Vaticano II llamó el "abominable crimen" del aborto (*Gaudium et spes*, 51). El menosprecio del carácter sagrado de la vida en el seno materno hiere la estructura misma de la civilización; prepara una mentalidad y hasta una actitud pública que pueden abocar a aceptar prácticas ofensivas de los derechos fundamentales del individuo. Esta mentalidad puede socavar por ejemplo el interés por los necesitados y manifestarse en insensibilidad ante las necesidades sociales; puede llevar al desprecio de los ancianos hasta el extremo de defender la eutanasia; puede preparar el camino a formas de manipulación genética que van contra la vida y cuyos riesgos no son aún completamente conocidos por el gran público.

"Es muy alentador ciertamente ver el gran servicio que prestáis a la humanidad proclamando sin cesar ante vuestro pueblo el valor de la vida humana. Tenemos confianza en que apoyándoos en las palabras del Buen Pastor que impulsa vuestras actividades, continuaréis orientando y guiando en este terreno y sosteniendo a toda vuestra comunidad eclesial en su vocación al servicio de la vida.

"Es también motivo que os honra ante el mundo entero el hecho de que en vuestro país muchos hombres y mujeres íntegros, de convicciones religiosas diferentes, se unan en el respeto profundo a las leyes del Creador y Señor de la vida, y estén procurando por todos los medios a su disposición, ante toda la historia, tomar posturas definitivas en favor de la vida" (Discurso del 26 de mayo de 1978: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 11 de junio de 1978, pág. 9).

Nueve años han pasado ya desde cuando estas palabras fueron pronunciadas y siguen siendo hoy todavía válidas, por estas razones: por su visión profética, por las necesidades que expresan, por la defensa de la vida humana.

13. En su Encíclica *Pacem in terris*, el Papa Juan XXIII colocó el problema de la emancipación de la mujer en el contexto de las características del tiempo actual, "los signos de los tiempos". Nos explicó que el problema en cuestión era un problema de dignidad humana. En realidad, éste es el objetivo de todos los esfuerzos de la Iglesia en favor de las mujeres: la promoción de su dignidad humana. La Iglesia proclama la dignidad personal de la mujer en cuanto mujer, una dignidad idéntica a la del hombre. Esta dignidad debe afirmarse en su carácter ontológico, aún antes de tomar en consideración cualquiera de las funciones especiales y eminentes que las mujeres pueden realizar, tales como ser madres, esposas o personas consagradas.

Otros muchos aspectos están en conexión con la cuestión de la idéntica dignidad y responsabilidad de las mujeres, que, sin lugar a dudas, serán tratados oportunamente a lo largo del Sínodo de los Obispos. En el fondo de cualquier consideración existen dos principios esenciales: la igualdad de la dignidad de la mujer y su auténtica humanidad femenina. Sobre la base de estos dos principios, la *Familiares consortio* ha dicho ya mucho sobre la actitud de la Iglesia con relación a la mujer, actitud que refleja "el delicado respeto de Jesús hacia las mujeres que llamó a su seguimiento y

amistad" (n. 22). Como he afirmado y como ha subrayado el arzobispo Weakland, las mujeres no están llamadas al sacerdocio. Aunque la enseñanza de la Iglesia sobre este punto es clarísima, ello no altera en modo alguno el hecho de que las mujeres verdaderamente forman parte esencial del designio evangélico para extender la Buena Noticia del reino. Y la Iglesia está comprometida irrevocablemente con esta verdad.

IV

14. Mi interés por el problema de las vocaciones os es bien conocido. Es un tema presente en mis conversaciones con los obispos de todo el mundo. Es uno de los temas que frecuentemente trato en mis encuentros con los jóvenes. Es un factor decisivo para el futuro de la Iglesia, muy cerca ya del comienzo del tercer milenio. Así, pues, me alegro mucho de que hayáis elegido este tema entre los que hoy hemos de tratar. El arzobispo Pilarczyk ha presentado "una panorámica de las realidades ministeriales de la Iglesia en este país", haciendo mención de situaciones que suponen un gran consuelo para vosotros, como obispos, y situaciones que suscitan vuestro celo pastoral. Ha dicho el arzobispo que es importante "hablar de algunas de las implicaciones muy positivas de las vocaciones laicas, religiosas y sacerdotales de América". Al hacerlo, ha subrayado cómo el Espíritu Santo actúa en medio de vosotros; ante esto nosotros hemos de estar siempre verdaderamente atentos y agradecidos. Como nos recuerda la *Lumen gentium*, el Espíritu Santo "guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio... Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo" (n. 4).

Es de gran consuelo ver cómo los laicos, en número cada vez mayor, toman parte activa en la vida de la Iglesia y cómo esto ha llevado a "una profundidad y variedad del ministerio mucho mayor que en el pasado". Ciertamente, la participación más activa del laicado en la misión de la Iglesia es un signo elocuente de la fecundidad del Concilio Vaticano II, y por ello todos nosotros damos gracias. Tengo, además, confianza en que el próximo Sínodo dará un nuevo impulso a esta participación y establecerá directrices firmes para su continuo crecimiento y consolidación.

Es importante que nuestro pueblo vea claramente que el ministerio del sacerdocio ordenado y el compromiso de los laicos con la misión de la Iglesia no se oponen entre sí. Antes bien, son complementarios. Así como el ministerio sacerdotal no es fin en sí mismo, sino que debe despertar y unificar los diversos carismas en el seno de la Iglesia, así también el compromiso de los laicos no sustituye al sacerdocio, sino que lo sostiene, lo promueve y le da espacio para que pueda cumplir su servicio específico.

En este punto, quisiera hacer algunas observaciones sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.

El número insuficiente de seminaristas y candidatos a la vida religiosa es efectivamente motivo de preocupación pastoral para todos nosotros, porque sabemos que su testimonio público del Evangelio y sus funciones específicas en la Iglesia son insustituibles. En muchas partes del mundo la Iglesia está experimentando, como ha observado el arzobispo Pilarczyk, que "la sociedad se está secularizando cada vez más y se está haciendo cada vez más hostil con relación a la fe cristiana". Resulta hoy particularmente difícil que los jóvenes acepten generosamente los sacrificios que comporta la acogida de la llamada de Dios. Y, sin embargo, es posible que lo hagan con la ayuda de la gracia y el apoyo de la comunidad. Y precisamente en esta si-

tuación estamos llamados nosotros a ser testigos de la esperanza de la Iglesia.

En nuestra misión pastoral nos vemos obligados, a menudo, a valorar una situación y a decidir lo que se tiene que hacer. Hemos de hacerlo con prudencia y con realismo pastoral. Al mismo tiempo, sabemos que hoy, como siempre, existen "profetas de desventuras". Hemos de oponernos a su pesimismo y perseverar en nuestros esfuerzos por promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.

La oración por las vocaciones sigue siendo el camino principal para que se logren, puesto que el mismo Jesús nos ha dejado este mandamiento: "Orad, pues, al dueño de la mies para que mande obreros a su mies" (Mt 9, 38). Os pido, por consiguiente, que animéis a todos a orar por las vocaciones, particularmente a los mismos sacerdotes y religiosos, pero también a las familias donde, muy a menudo, se siembra la primera semilla de las vocaciones, y a las escuelas y programas de educación religiosa. La oración de los ancianos y enfermos tiene una eficacia que nunca debemos descuidar.

Además de la oración, los jóvenes deben ser invitados. Fue Andrés quien llevó su hermano Pedro al Señor, Felipe llevó a Natanael. ¿Cuántos de nosotros y de nuestros sacerdotes oyeron la llamada de Dios a través de la invitación de otro? Vuestra misma presencia entre los jóvenes es una bendición y supone una ocasión propicia para dirigirles esta invitación y pedirles que oren por las vocaciones.

Precisamente, el jueves pasado, hablando en Miami de las vocaciones al sacerdocio, subrayé las razones de nuestra esperanza: "Existe además un factor que ha de ser considerado para valorar el futuro de las vocaciones: es el poder de Cristo, del misterio pascual de Cristo. Como Iglesia de Cristo, todos estamos llamados a profesar ante el mundo su omnipotencia; a proclamar que, en virtud de su muerte y resurrección, El puede llamar a Sí mismo a los jóvenes de esta generación como lo hizo en el pasado; a declarar que El es lo suficientemente fuerte para atraer, aún en estos días, a los jóvenes a una vida de sacrificio, de amor puro y de total entrega al sacerdocio. Mientras profesamos esta verdad y proclamamos con fe el poder del Señor de la mies, esperamos con confianza que escuche las plegarias que El mismo nos mandó elevar. La hora presente nos llama a una gran confianza en Aquel que ha vencido al mundo".

15. Quisiera daros las gracias por todo lo que estáis haciendo para garantizar una sólida formación para el sacerdocio en los Estados Unidos. La visita apostólica a los seminarios se ha realizado con una generosa colaboración. Os agradezco las cartas que muchos de vosotros me habéis enviado manifestándome vuestra estima por esta iniciativa y hablándome de los muchos efectos positivos que de ella se han obtenido.

Al mismo tiempo, vuestro cuidado pastoral y vuestro compromiso personal en la formación de los seminaristas nunca debe darse por terminado. Es una tarea demasiado crucial: una prioridad demasiado importante para la vida de la Iglesia. La Iglesia de mañana pasa a través de los seminarios de hoy. Con el pasar del tiempo, la responsabilidad pastoral ya no será nuestra. Pero ahora sí es nuestra y es gravosa. Cumplirla con celo es un gran acto de amor hacia la grey.

Particularmente, os pido que permanecáis vigilantes para que la enseñanza moral y dogmática de la Iglesia se presente a los seminaristas con fidelidad y claridad de manera que éstos la acepten y comprendan plenamente. En la apertura del Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, Juan XXIII dijo a sus hermanos en el Episcopado: "Esto es lo que en mayor manera corresponde al Concilio Ecueménico:

que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado de forma cada vez más eficaz". Lo que el Papa Juan XXIII esperaba del Concilio es también una exigencia primaria de la formación sacerdotal. Debemos garantizar que nuestros futuros sacerdotes tengan una sólida percepción de la fe católica en su totalidad; y debemos, por consiguiente, prepararlos para que, a su vez, la presenten a los demás de manera comprensible y pastoralmente sana.

16. No puedo dejar pasar la ocasión sin expresar una vez más mi gratitud por el gran interés que habéis demostrado tener hacia la vida religiosa. Me complace en notar que, como ha dicho el arzobispo Pilarczyk, existe "una creciente comprensión y estima hacia la vida religiosa por parte de los obispos y sacerdotes, gracias, sobre todo, a la Comisión Pontificia", instituida en 1983.

Al pedir a la Comisión que estudiase el problema de las vocaciones, he perseguido el "objetivo de animar a un crecimiento y empuje nuevos en este importantísimo sector de la vida de la Iglesia". La respuesta que todos habéis dado a esta petición ha sido muy gratificante. Y sé que seguiréis adelante en este importante esfuerzo. La vida religiosa es un regalo precioso del Señor, y hemos de continuar asegurando a los religiosos cuánto los ama y estima la Iglesia.

17. Existen muchos otros problemas, queridos hermanos obispos, que me vienen a la mente mientras meditamos juntos en esta hora extraordinaria de comunión eclesial. Todos nos afectan en nuestra función como Pastores y suponen un desafío para nuestro amor y celo apostólico.

Dada su importancia para la vida de la Iglesia, he hablado a los sacerdotes en Miami de la confesión y de nuestra propia necesidad de acercarnos regularmente a este sacramento. Les he expresado, además, mi gratitud por su generoso ministerio para que los fieles puedan recibirlo. A este respecto, quisiera pedirlos a vosotros, como obispos, que no escatiméis esfuerzo alguno para que las importantes normas de la Iglesia universal sobre el uso de la absolución general sean comprendidas y observadas con espíritu de fe. En este sentido, os quiero pedir que la Exhortación Apostólica post-sinodal "Reconciliatio et paenitentia" siga siendo objeto de la reflexión y de oración.

18. Deseo también animaros a seguir adelante en el campo de la atención pastoral a los homosexuales. Esta tarea comporta una enseñanza clara de la doctrina de la Iglesia que, por su naturaleza, resulta impopular. Vuestra experiencia pastoral, sin embargo, viene a confirmar el hecho de que la verdad, por difícil que sea de aceptar, lleva la gracia y, a menudo, conduce a una profunda conversión interior. Cualquiera que sea el problema particular que los cristianos tengan y cualquiera que sea su grado de respuesta a la gracia, éstos permanecen siempre dignos del amor de la Iglesia y de la verdad de Cristo. Todos los homosexuales y las demás personas que se esfuerzan en la observancia del precepto evangélico de la castidad merecen una estima y estímulo especiales.

19. De vez en cuando el problema de la educación sexual, especialmente en lo que respecta a los programas aplicados en las escuelas, se convierte en una cuestión de gran preocupación para los padres católicos. Los principios que están en la base de este tema han sido enunciados claramente, si bien de manera sucinta, en la Familiaris consortio. El primero de estos principios es la necesidad de reconocer que la

educación sexual es un derecho y un deber fundamental de los mismos padres. A éstos hay que ayudarles para que cumplan cada vez con más acierto dicha tarea. Otros organismos educativos revisten un papel importante, pero siempre con carácter subsidiario, debidamente supeditados a los derechos de los padres.

Muchos padres, sin duda alguna, se habrán sentido muy reconfortados por la referencia en la carta pastoral de los obispos de California, *A Call to Compassion*, a un aspecto absolutamente esencial de este problema: "La recuperación de la virtud de la castidad —dicen—, es quizás una de las necesidades más urgentes de la sociedad contemporánea". Indudablemente, la Iglesia católica en Estados Unidos, como en otras partes, está llamada a realizar grandes esfuerzos para ayudar a que los padres enseñen a sus hijos el valor sublime del amor desinteresado. Los jóvenes tienen necesidad de un fuerte apoyo para vivir este aspecto fundamental de su vocación humana y cristiana.

20. Entre vuestras numerosas obligaciones pastorales está la exigencia de asistir espiritualmente a los militares y a las personas bajo su mando. Lo hacéis a través del "Ordinariato castrense". El funcionamiento de este enorme arzobispado requiere la colaboración fraterna y sensible de todos los obispos, permitiendo y animando a sus sacerdotes a dedicarse a este digno ministerio. La Iglesia está muy agradecida a todos los capellanes que sirven con generosidad al Pueblo de Dios en esta situación particular, con sus necesidades concretas.

21. Aprovecho esta ocasión para animaros en vuestro esfuerzo por guiar la Iglesia de Dios en tantos sectores, por conducir a vuestro pueblo al cumplimiento de su misión en Estados Unidos y más allá de sus fronteras. Todo lo que hacéis por ayudar a vuestro pueblo a ir más allá de sí mismo para dirigir su mirada a Cristo necesitado, es un gran servicio eclesial y apostólico.

Una palabra conclusiva sobre nuestra identidad pastoral de obispos de Jesucristo y de su Iglesia. En virtud de tal identidad, estamos llamados a la santidad y a la conversión todos los días. Cuando, hace ahora ocho años, me dirigía a vosotros en Chicago, os decía: "La santidad de la conversión personal es efectivamente la condición para nuestro fructuoso ministerio como obispos de la Iglesia. Nuestra unión con Jesucristo es la que determina la credibilidad de nuestro testimonio del Evangelio y la eficacia sobrenatural de nuestra actividad" (Discurso del 5 de octubre de 1979: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 28 de octubre de 1979, pág. 7). Que Dios nos conceda el gran don de la unión con Jesús, y nos permita vivirlo juntos en la fuerza y en la alegría, en la comunión de la Iglesia de Dios.

ALOCUCION

A LOS DIACONOS
PERMANENTES DE
ESTADOS UNIDOS EN EL
"FORD AUDITORIUM",
DETROIT

SERVICIO AL PUEBLO DE DIOS EN EL MINISTERIO DE LA LITURGIA, DE LA PALABRA Y DE LA CARIDAD

Queridos hermanos en el servicio de nuestro Señor, queridas esposas y colaboradoras de estos hombres ordenados para el diaconado permanente:

1. Os saludo en el amor de Nuestro Señor Jesucristo, en el que, como dice San Pablo, Dios nos ha elegido, redimiendo y adoptado como hijos (cf. Ef 1, 3 ss.). Junto con San Pablo, y hoy junto con vosotros, alabo a nuestro Padre celestial por estos dones admirables de su gracia.

Me alegra de manera especial encontrarme con vosotros porque representáis un importante signo visible de la obra del Espíritu Santo a partir del Concilio Vaticano II, que dispuso la restauración del diaconado permanente en la Iglesia. La sabiduría de tal disposición es evidente al contemplarlos hoy en tan gran número y al contemplar el fruto de vuestros ministerios. Junto con toda la Iglesia, doy gracias a Dios por la llamada que habéis recibido y por vuestra generosa respuesta. Para la mayor parte de los que estáis casados, esta respuesta ha sido posible gracias al amor, apoyo y colaboración de vuestras esposas. Anima mucho saber que, en Estados Unidos, durante las dos últimas décadas, casi ocho mil diaconos permanentes han sido ordenados para el servicio al Evangelio.

Hoy deseo celebrar especialmente esta llamada al servicio: Hablando de los diaconos, el Concilio Vaticano dijo que "confortados con la gracia sacramental, en comunión con el obispo y su presbiterio, sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad" (*Lumen gentium*, 29). Ahondando un poco más en esta reflexión, mi predecesor Pablo VI en coincidencia con el Concilio afirmaba que "fuera restaurado el diaconado permanente... para que fuese inspirador del servicio, o sea, de la diaconía de la Iglesia ante las comunidades cristianas locales, signo o sacramento del mismo Jesucristo nuestro Señor, quien no vino para ser servido, sino para servir" (*Ad pascendum*, 15 de agosto de 1972, Introducción). Estas palabras recuerdan la antigua tradición de la Iglesia expresada por los primeros Padres, como Ignacio de Antioquía, para quien los diaconos son "ministros de los misterios de Jesucristo... ministros de la Iglesia de Dios" (*Ad trallianos*, II, 3). Queridos hermanos, vosotros formáis parte de una vida de la Iglesia que se remonta a santos diaconos, como Lorenzo, y antes de él a Esteban y sus compañeros, a quienes los Hechos de los Apóstoles consideran "lentos de espíritu y de sabiduría" (*Act* 6, 3).

Esta es la esencia del diaconado al que habéis sido llamados: *ser siervos de los misterios de Cristo y, al mismo tiempo, servidores de vuestros hermanos y hermanas*. Estas dos dimensiones van inseparablemente unidas en una sola realidad, lo cual demuestra la importante naturaleza del ministerio que habéis recibido con la ordenación.

2. ¿Cómo debemos entender los misterios de Cristo de los que sois ministros? San Pablo nos da una profunda descripción en la lectura que hemos escuchado hace unos momentos. *El misterio central es éste: el plan de gloria de Dios Padre de unir todas las cosas que hay sobre los cielos y la tierra, teniendo como cabeza a Cristo, su Hijo amado*. Esta es la razón por la que todos los bautizados están predestinados, elegidos, redimidos y marcados con el Espíritu Santo. Este plan de Dios se sitúa en el centro de nuestras vidas y de la vida del mundo.

Al mismo tiempo, si el servicio a este plan redentor es la misión de todos los bautizados, ¿cuál es la dimensión específica de vuestro servicio como diáconos? El Concilio Vaticano II explica que una gracia sacramental confiere mediante la imposición de manos os capacita para desarrollar vuestro servicio de la palabra, el altar y la caridad con una eficacia especial (cf. *Ad gentes*, 16). *El servicio del diácono es el servicio sacramentalizado de la Iglesia*. El vuestro no es un ministerio más entre los otros, sino que ha de ser, según las palabras de Pablo VI, una "fuerza impulsora" de la "acción de la Iglesia". Con vuestra ordenación sois configurados con Cristo en su función de siervo. También debéis ser *signos vivos de la condición de sierva de su Iglesia*.

3. Si somos conscientes de la profunda naturaleza espiritual de esta *diaconía*, podemos apreciar mejor la interrelación de las tres áreas del minis-

terio asociadas tradicionalmente con el diaconado, es decir, el ministerio de la palabra, el ministerio del altar y el ministerio de la caridad. A tenor de las circunstancias, uno de estos tres ministerios puede recibir un énfasis especial en la tarea de un diácono concreto, pero los tres van inseparablemente unidos en el servicio del plan redentor de Dios. Esto es así porque la Palabra de Dios nos lleva inevitablemente al culto eucarístico de Dios en el altar; y, a su vez, este culto nos conduce a un nuevo estilo de vida concretado en acciones de caridad.

Esta caridad es al mismo tiempo *amor a Dios y amor al prójimo*. Como nos enseña la primera Carta de Juan: "El que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve... quien ama a Dios ame también a su hermano" (1 Jn 4, 20-21). Por la misma razón, los actos de caridad que no están arraigados en la Palabra de Dios y en el culto no pueden dar frutos duraderos. "Sin mí", dice Jesús, "no podéis hacer nada" (Jn 15, 5). El ministerio de la caridad aparece confirmado en cada una de las páginas del Evangelio; exige una *conversión del corazón constante y radical*. Tenemos un elocuente ejemplo en el Evangelio de Mateo proclamado al comienzo de esta reunión. En él se nos dice: "No resistáis al mal". Y se nos ordena: "Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen". Todo esto constituye una parte esencial del ministerio de la caridad.

4. En verdad que *el mundo de hoy* no deja de ofrecer oportunidades para poner en práctica este ministerio, o bien en la forma de simples actos de caridad o de los más heroicos testimonios de las exigencias radicales del Evangelio. En todo nuestro entorno, hermanos y hermanas nuestros viven en *pobreza espiritual o material*, o en

ambas al mismo tiempo. Mucha gente vive en el mundo *oprimida por la injusticia* y porque se les niegan sus derechos humanos más fundamentales. Otros se sienten turbados o sufren una *pérdida de fe* en Dios, o están tentados de abandonar la esperanza.

En medio de tal condición humana, supone una enorme fuente de satisfacción saber que hay en Estados Unidos tantos diáconos permanentes comprometidos en un *servicio directo a los necesitados*: enfermos, maltratados y aplastados, jóvenes y ancianos; moribundos y desposeídos; sordos, ciegos e imposibilitados; los que han conocido el sufrimiento en su matrimonio; los que carecen de hogar; prisioneros, refugiados, gente de la calle; los que padecen la pobreza en las zonas rurales; las víctimas de la discriminación racial y étnica; y muchos más. Como Cristo nos dice: "Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40).

Al mismo tiempo, el Concilio Vaticano II nos recuerda que el ministerio de la caridad al servicio del plan redentor de Dios nos exige también tener una *influencia positiva en el cambio de este mundo en que vivimos*, es decir, ser levadura, ser el alma de la sociedad humana para que ésta pueda renovarse en Cristo transformándose en la familia de Dios (cf. *Gaudium et spes*, 40 ss.). El "orden temporal" incluye el matrimonio y la familia, el mundo de la cultura, la vida económica y social, los comercios y las profesiones, las instituciones políticas, la solidaridad entre los pueblos y los problemas relacionados con la justicia y con la paz (cf. *Apostolicam actuositatem*, 7: *Gaudium et spes*, 46 ss.). La tarea raras veces es fácil. La verdad sobre nosotros mismos y sobre el mundo, revelada en el Evangelio, no es siempre lo que el mundo desea oír. *La verdad evangélica contradice a menudo las formas de*

pensar comúnmente aceptadas, como podemos ver hoy claramente respecto a males como el racismo, la concepción, el aborto y la eutanasia, por nombrar algunos.

5. Tomar parte activa en la sociedad deriva de la misión bautismal de todo cristiano, de acuerdo con su estado de vida, pero el diácono permanente tiene un *testimonio especial que ofrecer*. La gracia sacramental de la ordenación ha de fortalecerle y hacer que sus esfuerzos sean fructíferos, incluso cuando su *ocupación secular* le da entrada en la esfera temporal de un modo que no es el normalmente apropiado para otros miembros del clero. Al mismo tiempo, el hecho de que sea un ministro ordenado de la Iglesia confiere una dimensión especial a sus esfuerzos a los ojos de aquellos con quienes convive y trabaja.

Igualmente importante es la contribución que hace un diácono casado a la *transformación de la vida familiar*. El y su esposa, al haber entrado en comunión de vida, están llamados a ayudarse y servirse mutuamente (cf. *Gaudium et spes*, 48). Tan íntima es su unión con el sacramento del matrimonio, que la Iglesia solicita el consentimiento de la esposa antes de que su marido sea ordenado diácono permanente (canon 1031 par. 2). Como se apunta en las líneas maestras para el diaconado permanente en Estados Unidos, *el fomento y la profundización en el amor mutuo y sacrificado entre los esposos* constituyen quizás el compromiso más significativo de la esposa de un diácono en el ministerio público de su esposo en la Iglesia (*Guidelines*, NCCB, pág. 110). Especialmente hoy en día, este servicio es notable.

En particular, el diácono y su esposa deben ser un ejemplo vivo de *fidelidad e indisolubilidad en el ma-*

trmonio cristiano ante un mundo urgentemente necesitado de tales signos. Afrontando con espíritu de fe a los retos de la vida matrimonial y a las exigencias de la vida diaria, fortalecen la vida familiar no sólo de la comunidad eclesial sino de toda la sociedad. Hacen ver también cómo pueden ser armonizadas en el servicio a la misión de la Iglesia las obligaciones de familia, trabajo y ministerio. Los diáconos, sus esposas y sus hijos pueden constituir una fuente de ánimo para todos cuantos están trabajando por la promoción de la vida familiar.

Tenemos que mencionar también otro tipo de familia, la parroquia, que constituye generalmente el marco en el que la inmensa mayoría de los diáconos cumplen con el mandato de su ordenación de "ayudar al obispo y a sus presbíteros". La parroquia proporciona un contexto eclesial a vuestro ministerio y sirve para tener siempre presente que vuestra labor no se desenvuelve en el aislamiento, sino en comunión con el obispo, sus sacerdotes y todos cuantos, a diferentes niveles, toman parte en el ministerio público de la Iglesia. Los diáconos permanentes tienen obligación de respetar la función de los sacerdotes y de cooperar conscientemente y con generosidad con ellos y con los demás miembros del personal parroquial. El diácono tiene por su parte el derecho de ser plenamente aceptado y reconocido por ellos y por todos en virtud de lo que es: un ministro ordenado de la palabra, del altar y de la caridad.

6. Dadas la dignidad y la importancia del diaconado permanente, ¿qué se espera de vosotros? Como cristianos no debemos avergonzarnos de hablar de las cualidades de un siervo, a las que deben aspirar todos los creyentes, y en especial los diáconos, cuyo rito de ordenación los describe

como "siervos de todos". Un diácono debe distinguirse por la fidelidad, la integridad y la obediencia; así, pues, la fidelidad a Cristo, la integridad moral y la obediencia al obispo han de marcar vuestras vidas, como pone de manifiesto el rito de la ordenación (cf. también *Ad pascendum*, Introducción). En ese rito la Iglesia expresa igualmente sus esperanzas y expectativas de cara a vosotros cuando reza:

"Señor, resplandezcan en su vida todas las virtudes: el amor... la solitud... la autoridad moderada, la pureza sin tacha y un vivir siempre según el Espíritu; que tus mandamientos, Señor, se vean reflejados en su vida y que el ejemplo de su castidad suscite la imitación del pueblo santo; que sostenidos por el testimonio de su buena conciencia, perseveren firmes y constantes en Cristo... imitando en la tierra a tu Hijo, que no vino a ser servido, sino a servir".

Queridos hermanos: esta oración os compromete a una formación espiritual que dura toda la vida, para crecer y perseverar en un servicio que edifique en verdad el Pueblo de Dios. Vosotras, esposas de diáconos permanentes, que sois estrechas colaboradoras en su ministerio, estáis también llamadas con ellos a crecer en el conocimiento y el amor a Jesucristo. Y esto por supuesto significa crecer en la oración: personal, familiar y litúrgica.

Como los diáconos son ministros de la palabra, el Concilio Vaticano II os invita a una constante lectura y diligente estudio de la Sagrada Escritura, para que, si sois predicadores, no os convirtáis en algo vacío por no haber escuchado la palabra en vuestro propio corazón (cf. *Dei Verbum*, 25). Estáis llamados, en vuestras vidas de diáconos, a escuchar,

guardar y poner en práctica la Palabra de Dios, para ser capaces de proclamarla dignamente. Predicar al Pueblo de Dios es un honor que implica una seria preparación y una entrega real a la santidad de vida.

Como ministros del altar, debéis estar impregnados del espíritu de la liturgia, y convencidos sobre todo de que es "la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza" (cf. *Sacro-sanctum Concilium*, 10). Estáis llamados a desempeñar vuestro oficio con la dignidad y la reverencia propias de la liturgia, que, según la firme descripción del Concilio, es "principalmente culto de la Divina Majestad" (ib., 33). Me uno a vosotros en el agradecimiento a todos cuantos se dedican a vuestra preparación, tanto antes como después de vuestra ordenación, mediante programas de formación espiritual, teológica y litúrgica.

7. "Cantad al Señor un cántico nuevo. Que vuestra canción resuene desde las alturas de los montes". Cantadle como siervos, pero cantad-

le también como amigos de Cristo, que os ha permitido conocer todo lo que ha oído del Padre. No habéis sido vosotros quienes lo habéis elegido, sino El quien os ha elegido a vosotros para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca. Haréis esto si os amáis mutuamente (cf. *Jn* 15, 15 ss.). Según los criterios de este mundo, la condición de siervo es despreciada, pero en la sabiduría y providencia de Dios constituye el misterio mediante el cual Cristo redime al mundo. Y vosotros sois ministros de ese misterio, heraldos de ese Evangelio. Podéis estar seguros de que un día oiréis al Señor que os dice: "Muy bien, siervo bueno y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor" (cf. *Mt* 25, 21).

Queridos hermanos y hermanas: como quien se esfuerza por ser "el Siervo de los siervos de Dios", no puedo abandonaros sin que, juntos, nos volvamos a María y la contemplemos cuando proclama: "He aquí a la sierva del Señor" (*Lc* 1, 38). En el ejemplo de su servicio contemplamos el modelo perfecto de nuestra propia llamada al seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo y al servicio de su Iglesia.

ALOCUCION

A LOS CARDENALES Y
PRELADOS DE LA
CURIA ROMANA

EL CAMINO DE LA IGLESIA EN EL AÑO 1987

Señores cardenales, venerables hermanos en el Episcopado y en el sacerdocio, amadísimos laicos:

El Año Mariano

1. Doy sinceramente gracias al cardenal decano por las palabras de felicitación, con las que ha interpretado los sentimientos de cada uno de vosotros en este tradicional y siempre agradable encuentro antes de Navidad. El cardenal se ha referido también a nuestra común atención sobre el significado particular que reviste la circunstancia. En efecto, nos encontramos en vísperas de la Navidad del Año Mariano.

Si todos los años, en esta ocasión, nuestros corazones laten esperando a Aquel que nace en Belén del seno inmaculado de María, y nos deseamos mutuamente vivir bien este acontecimiento central de la historia, acogiendo en nosotros al Verbo Encarnado, en este Año Mariano nuestro encuentro reviste un carácter particular, y da una impronta específica a nuestra reflexión navideña. En efecto, el Año Mariano nos prepara a salir al encuentro de Cristo, en este Adviento del tercer milenio, a revivir el misterio de su Encarnación, siguiendo a María que nos precede en este camino de fe. Ella fue la primera "servidora" del Verbo.

Como miembros de la Curia Romana, somos conscientes de que *servimos al Misterio de la Encarnación, del que trae su origen la Iglesia como "Cuerpo"*. En María, dijo Agustín, "unigenitus Dei Filius humanam sibi dignatus est coniungere naturam, ut sibi capiti immaculato immaculatam consociaret Ecclesiam" (*Serm.* 191, 3; PL 38, 1010). Nace de María Cristo Cabeza, a quien está unida desde entonces de forma indisoluble la Iglesia, su Cuerpo. Nace el *Christus totus*. Y nosotros, que somos los servidores, los ministros de este cuerpo Místico, alimentados diariamente con el Cuerpo Eucarístico de Jesús, manifestamos este año el gozo más profundo por la presencia especial de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia, en el cual nos consideramos particularmente insertados.

Jesucristo

2. Como bien sabemos, el Vaticano II llevó a cabo una gran síntesis entre la *marilogía* y la *eclesiología*. El Año Mariano sigue esa síntesis e inspiración conciliar para que la Iglesia se renueve totalmente mediante la presencia de la Madre de Dios, que —como enseñaban los Padres— es "modelo" (*typus*) de la Iglesia.

El Concilio ha dado una interpretación lúcida de esta presencia de la Virgen en el plan divino de la salvación: Precisamente porque es instrumento y canal privilegiado de la Encarnación del Verbo en la naturaleza humana, y de su venida a nosotros, María "está también unida íntimamente a la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo" (*Lumen gentium*, 63). Desarrollando este pensamiento, he escrito en la Encíclica *Redemptoris Mater* que "la realidad de la Encarnación encuentra casi su prolongación en el misterio de la Iglesia-Cuerpo de Cristo. Y no puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo Encarnado" (n. 5 a).

María unida a Cristo, María unida a la Iglesia. Y la Iglesia, unida a María, encuentra en Ella la imagen más alta y perfecta de su misión específica, que es al mismo tiempo virginal y materna. Los Padres y Maestros de la Iglesia antigua subrayaron mucho este doble aspecto. También San Agustín, por ejemplo, dice maravillosamente: "Hic est speciosus forma prae filiis hominum, sanctae filius Mariae, sanctae sponsus Ecclesiae, quam suae genitrici similem reddidit: nam et nobis eam matrem fecit, et virginem sibi custodit" (*Serm.* 195, 2; PL 38, 1018). La Virgen María es arquetipo de la Iglesia a causa de la Maternidad divina, y, como María, la Iglesia debe y quiere ser madre y virgen. La Iglesia vive de este auténtico "perfil mariano", de esta "dimensión mariana" que el Concilio, recogiendo las voces de la patrística y de la teología oriental y occidental, sintetizó de este modo: "La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la Palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación del bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera" (*Lumen gentium*, 64).

María

3. Este perfil *mariano* es más — si no lo es mucho más — fundamental y característico de la Iglesia, que el perfil *apostólico* y *petrino*, al que está profundamente unido. También en este aspecto de la Iglesia, María precede al Pueblo de Dios peregrino.

María es Aquella que, predestinada a ser Madre del Verbo, vivió continua y totalmente en la esfera de la gracia divina, bajo su influjo vivificante; fue espejo y transparencia de la vida del mismo Dios. Ella, inmaculada y "llena de gracia", fue preparada por Dios para la Encarnación del Verbo, y se encontró bajo la acción ininterrumpida del Espíritu Santo; fue el "Sí", el "Fiat" por excelencia a Aquel que la había escogido "antes de la creación del mundo" (*Ef* 1, 4); y lo fue en la docilidad, en la humildad, respondiendo a las mínimas insinuaciones de la gracia, hecha como dos veces madre por haberse conformado plenamente a la voluntad de Dios: "Quien cumple la voluntad de Dios, ése es mi madre..." (cf. *Mc* 3, 35). La maternidad divina, privilegio único y sublime de la siempre Virgen, debe verse en esta perspectiva, como suprema coronación de la fidelidad de María a la gracia.

La dimensión mariana de la Iglesia emerge de la semejanza de tareas respecto al Cristo total. En efecto, a ella se aplica de modo particular la palabra de Jesús,

según la cual "Quien cumple la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre" (cf. *Mc* ib.); también la Iglesia, como María, vive en la gracia, en la sujeción al Espíritu Santo; a su luz interpreta los signos y las necesidades de los tiempos, y avanza en el camino de la fe en plena docilidad a la voz del Espíritu.

En este sentido, la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina, aunque esté estrechamente unida a ella y sea complementaria. María, la Inmaculada, precede a cualquier otro, y obviamente al mismo Pedro y los Apóstoles, no sólo porque Pedro y los Apóstoles, viniendo de la masa del género humano que nace bajo el pecado, forman parte de la Iglesia "sancta ex peccatoribus", sino también porque su triple *munus* no tiende más que a formar a la Iglesia en ese ideal de santidad, que ya está formado y figurado en María. Como ha dicho bien un teólogo contemporáneo, "María es 'Reina de los Apóstoles', sin pretender por ello los poderes apostólicos. Ella tiene otra cosa y más" (H.U. von Balthasar, *Neue Klarstellungen*, trad. it., Milano, 1980, p. 181). Singularmente significativa se revela, desde este punto de vista, la presencia de María en el Cenáculo, donde Ella asiste a Pedro y a los otros Apóstoles, rezando con ellos y por ellos en espera del Espíritu.

Por lo tanto, este vínculo entre los dos perfiles de la Iglesia, el mariano y el petro, es estrecho, profundo y complementario, aunque sea el primero anterior, tanto en el designio de Dios cuanto en el tiempo, así como más alto y preeminente, más rico de implicaciones personales y comunitarias para cada una de las vocaciones eclesiales.

Bajo esta luz vive y debe vivir la Curia Romana, debemos vivir todos nosotros. Ciertamente la Curia se encuentra directamente ligada al perfil petro, para cuyo servicio está destinada por fisonomía, constitución y misión. La Curia sirve a la Iglesia como Cuerpo, y, colocada, se puede decir, en el vértice, ofrece su colaboración al Sucesor de Pedro en su servicio a cada una de las Iglesias locales. Y por lo tanto, en esta actividad lo que le es más necesario e indispensable es conservar y valorar la dimensión mariana de su servicio a Pedro. María, precede también a todos nosotros, los de la Curia, que servimos el misterio del Verbo Encarnado, así como precede a toda la Iglesia para la que vivimos. Que Ella nos ayude a descubrir cada vez mejor y a vivir cada vez más auténticamente esta riqueza que para nosotros, estoy por decir, que es vital, decisiva; que nos ayude a insertarnos conscientemente en esta simbiosis entre la dimensión mariana y la apostólico-petrina, de la cual la Iglesia diariamente saca orientación y apoyo. Que el prestar atención a María y a sus ejemplos nos traiga algo más de amor, de ternura, de docilidad a la voz del Espíritu para que se enriquezca interiormente la dedicación de cada uno al servicio del ministerio de Pedro.

El Sínodo de los Obispos

4. A la luz de la idea-fuerza del Año Mariano, que continúa la enseñanza del Vaticano II presentando a María como guía del Pueblo de Dios peregrino en su camino de fe, quisiera ahora detenerme en algunos hechos destacables del año que está acabando: a saber, el Sínodo de los Obispos, las numerosas beatificaciones y canonizaciones y la visita del Patriarca Ecueménico Dimitrios I de Constantinopla.

Antes que nada la *Sesión del Sínodo*: Dos meses después del final de los trabajos, vemos cada vez con más claridad que de las intervenciones y trabajos de los padres sinodales, ha surgido la imagen global de la Iglesia: cómo vive, cómo tra-

baja, cómo reza, cómo sufre, cómo lucha, cómo sigue a Cristo. En efecto, el Sínodo ha ofrecido la imagen de este Pueblo peregrino en la tierra, y, por lo tanto, de esa parte del Pueblo de Dios que es el laicado, en la característica de su esfera específica. En esta peregrinación está siempre también la Madre de Dios que precede a sus hijos en el empeño por "obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" con el espíritu de las Bienaventuranzas (*Lumen gentium*, 31, b). Esta presencia mariana en la misión de los laicos, en su camino de fe, es la línea que define lúcidamente ese gran acontecimiento.

En la medida en que nos alejamos del Sínodo de octubre pasado, más se constata su resultado positivo, no sólo por haber reafirmado la enseñanza de los grandes documentos del Vaticano II, sino también por haber puesto el acento en la eclesiológica de comunión como contexto necesario para situar el papel del laicado en la Iglesia de cara a la salvación del mundo. A ese éxito han colaborado también los mismos laicos: tanto porque cada uno de los padres sinodales representaba su voz, como porque los laicos, hombres y mujeres, han intervenido activamente, por medio de su representación conspicua y cualificada en el Sínodo, hablando en las Asambleas plenarias y colaborando intensamente en los "círculos menores". De ahí ha salido un cuadro verdaderamente universal de las diversas realidades que constituyen la verdadera imagen de la Iglesia hoy. Como en Sínodos anteriores, será mi deber seguir las indicaciones sugeridas en esos días inolvidables.

Mientras tanto, he querido subrayar, en nuestro encuentro de hoy, cómo esta riqueza y pluralidad de resultados es un signo de que la Iglesia está realmente abierta a la voz del Espíritu, siguiendo el camino de la fe y del amor, y cada vez más consciente de las propias responsabilidades ante Dios y ante el mundo. María está presente en este camino de los laicos, para guiarlos, como nos guía a todos, hacia el Adviento de Cristo.

Beatificaciones y canonizaciones

5. También el Vaticano II ha mostrado en la *Madre de Dios a Aquella en la que la Iglesia ha conseguido su meta final*: "Glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura" (*Lumen gentium*, 68); esta afirmación toma de nuevo lo que anteriormente había explicado la Constitución dogmática sobre la Iglesia el tratar tanto "la índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celeste" (cap. VII), como "La universal vocación a la santidad en la Iglesia" (cap. V). En la "plenitud de los tiempos" María, en virtud de su Inmaculada Concepción, vuelve a componer dentro Sí el designio salvífico de Dios, alterado por el pecado, y Asunta al cielo con su cuerpo santísimo —que es el Arca de la Alianza nueva y eterna— ya reina con Cristo en la unidad sico-física de su persona.

Ella es, pues, después de Cristo "primogénito de entre los muertos" (*Ap* 1, 5; cf. *Col* 1, 18), la que precede a la Iglesia en el camino hacia el cumplimiento final de la santidad, y la que la espera en esta plenitud sin ocaso. Pero con Ella se encuentran ya, esperando la resurrección, todos aquellos que, según el juicio de la Iglesia, se hallan ya en el cielo, y que al haber realizado en sí mismos el plan de Dios, han alcanzado el "éxito" de toda existencia humana: conseguir estar más íntimamente unidos a Cristo (cf. *Lumen gentium*, 49).

Con el pensamiento puesto en la Reina de todos los Santos, en este Año Mariano, recuerdo ahora las dos canonizaciones y las once beatificaciones, que, siendo tan numerosas en 1987, han demostrado —de modo quizá más extraordinario que de costumbre— lo real, verdadera y actual que es la llamada universal a la santidad, haciendo ver su pluralidad étnico-vocacional.

En efecto, los nuevos santos y beatos pertenecen a diversas vocaciones dentro del Pueblo de Dios. Entre ellos hay *cardenales* como Marcelo Spínola y Maestre (29.III) y Andrés Carlos Ferrari (10.V); *obispos* como Miguel Kozal (14. VI) y Jorge Matulaitis (28. VI); *sacerdotes y religiosos* como Manuel Domingo y Sol (29. III); Ruperto Mayer (3. V), Pedro-Francisco Jamet (10. V), Julio Arnoldo Réche (1. XI); *religiosas* como Teresa de los Andes (3. IV), Benedicta Cambiagio Frassinello (10. V), Ulrika Nisch y Blandine Merten (1. XI); *laicos, hombres y mujeres*, como Lorenzo Ruiz (18. X), José Moscati (25. X), y muchos otros de todas las profesiones y oficios, incluso los más humildes; es un testimonio dado en las más diversas circunstancias, como Pastores y ministros de la Iglesia, como médicos, como educadores y evangelizadores.

No raras veces este testimonio ha sido el más arduo y alto, el del *martirio* por antonomasia, como lo fue para las tres Carmelitas de Guadalajara (29. III), para Edith Stein (1. V) y Carolina Kózka (10. VI), para Marcelo Gallo, Pierina Morosini y Antonia Mesina (4. X), para los mártires del Japón (18. X) así como para los 85 mártires ingleses (22. XI).

Además, buena parte de los nuevos santos y beatos *vivieron en nuestro siglo, son contemporáneos nuestros*: Verdaderamente los santos están todavía en medio de nosotros, y nos enseñan que la Iglesia hoy aún está llamada a la santidad, y responde a ella generosamente, inspirada y guiada por María.

Ellos, además, pertenecen a diversas naciones de los distintos continentes: Francia, España, Alemania, Italia, Gran Bretaña, Polonia, Lituania, Japón, Filipinas, Chile. Por eso, las recientes beatificaciones y canonizaciones han tenido un significado universal incluso desde el punto de vista geográfico.

Los viajes apostólicos

6. Desde esta perspectiva, considero una gracia del Señor haber podido *proponer a la común veneración de la Iglesia* —yendo al encuentro de las repetidas insistencias de los obispos locales— a algunos de estos campeones de la fe en los mismos ambientes sociales en los que vivieron. Esto se me concedió durante algunos de los viajes apostólicos de este año: sor Teresa de los Andes en Santiago de Chile (3. IV); sor Teresa Benedicta de la Cruz en Colonia (1. V); el padre Mayer en Múnich (3. V); Carolina Kóska, en Tarnow (10. VI); y mons. Kozal en Varsovia (14. VI).

La posibilidad cada vez más frecuente de proclamar públicamente la santidad heroica de hijos e hijas de la Iglesia a lo largo de mis visitas a los distintos países del mundo, me confirma que esos viajes son un *servicio particular en el camino del Pueblo de Dios*: exactamente de esa peregrinación hacia el reino definitivo de Cristo, en la cual María "precede" a la Iglesia en los diversos lugares de la tierra. Puesto que los viajes son, con la ayuda de Dios, la aplicación coherente del mandato de Cristo —"euntes in mundum universum" (Mc 16, 15)— y del carácter específico del ministerio petrino —"confirma fratres tuos" (Lc 22, 32) éstos tienen una irradiación aún mayor precisamente en el ejercicio del *munus* tan alto y solemne de proponer a la imitación de la Iglesia los ejemplos auténticos de la san-

tividad que le es propia. Además, dan la prueba ante el mundo de que la santidad es posible para todos los pueblos, en todas las civilizaciones y en todas las latitudes.

La visita del Patriarca Euménico de Constantinopla a la Sede de Roma

7. La Encíclica *Redemptoris Mater*, siguiendo el Concilio, ha subrayado que la "peregrinación" de la Iglesia, en la que la Madre de Dios la "precede", tiene una clara dimensión euménica.

Para los hermanos separados de las Iglesias y Comunidades eclesiales de occidente, el documento pone de relieve cómo pueden, más aún, desear progresar juntos en el camino de la fe de la que es ejemplo María; y ve un gozoso signo de ello en el hecho de que esas Iglesias están de acuerdo "con nosotros en puntos fundamentales de la fe cristiana incluso en lo referente a la Virgen María" (*Redemptoris Mater*, 30); la Encíclica subraya también la convergencia de testimonios históricos, teológicos, litúrgicos y artísticos que ofrecen la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales respecto a su veneración a la *Theotokos*, una veneración teológicamente profunda y humanamente delicada (ib., 31-33).

En este sentido adquiere particular significado la *venida a Roma de Su Santidad Dimitrios I*, Patriarca Euménico, del 3 al 7 de diciembre pasado, al cual he tenido la gran alegría de recibir en el Vaticano, con la caridad fraterna y el honor que se le debía. Fue una visita de comunión eclesial en devolución de la que yo había hecho al Patriarca Euménico para la fiesta de San Andrés de 1979, y realizada con el intento explícito de contribuir al restablecimiento de la comunión plena entre católicos y ortodoxos.

El acontecimiento ha tenido plenamente en cuenta la maduración de los sentimientos habida entre católicos y ortodoxos desde el Concilio en adelante, y también los resultados del positivo diálogo teológico en curso. Así, hemos podido rezar juntos durante la celebración eucarística en la basílica de San Pedro; y en el espíritu de este Año Mariano hemos podido rezar juntos también en la basílica de Santa María la Mayor. En su homilía mariológica, el Patriarca Dimitrios I quiso poner de relieve cómo "nuestras dos Iglesias hermanas han mantenido inextinguible, a través de los siglos la llama de la devoción a la venerabilísima persona de la Santísima Madre de Dios". Para subrayar toda la positiva importancia de esta perspectiva, el Patriarca Dimitrios ha querido proponer que "el tema de la mariología ocupe un puesto central en el diálogo teológico entre las Iglesias, examinando el punto de vista no sólo cristológico sino también antropológico y especialmente eclesiológico para el plestablecimiento de nuestra comunión eclesial, por la cual oramos, nos comprometemos y hacia la cual miramos con mucha esperanza".

Este pensamiento encuentra directamente la orientación de la Encíclica *Redemptoris Mater*. Al alegrarme profundamente, expreso la convicción de que también por este punto la visita del Patriarca haya dado un impulso positivo en profundidad a las relaciones entre católicos y ortodoxos. El encuentro en la caridad hace ver mejor la verdad y hace vivir en la esperanza. Demos gloria a Dios.

El interés, quisiera decir el entusiasmo que esta visita ha suscitado, me hace repetir el deseo de que la Iglesia "vuelva a respirar plenamente con sus 'dos pulmones': Oriente y Occidente... Esto es hoy más necesario que nunca... Sería también para la Iglesia peregrina el camino para cantar y vivir de modo más perfecto su *Magnificat*" (*Redemptoris Mater*, 34).

Una nueva Encíclica social

8. Ya al final de nuestro encuentro, quisiera aprovechar esta ocasión para anunciar oficialmente la publicación no lejana de una *Carta Encíclica* con el fin de conmemorar el vigésimo aniversario de la "*Populorum progressio*" de Pablo VI. Esta ha marcado una etapa fundamental en la vida actual de la Iglesia, y ha suscitado ecos profundos en la opinión pública, dando un nuevo signo de la presencia viva de la misma Iglesia en las dramáticas situaciones del desarrollo y de la paz en el mundo. Al recordar la continua actualidad de ese gran documento, la Encíclica intentará también poner de relieve las nuevas temáticas y responder a los nuevos problemas que, sobre el mismo tema, se han planteado a la conciencia del hombre de hoy: Por eso quiere situarse tras las huellas de la *Populorum progressio*, como su continuación y prosecución ideal.

También esto subraya cómo la Iglesia quiere caminar con los hombres de nuestro tiempo: por ese motivo confío desde ahora a la Virgen Santa esta Encíclica, por la que tengo tanto interés, para que encuentre respuesta en la sociedad y suscite nuevos y concretos propósitos de cooperación internacional para el entendimiento fraterno entre las naciones y la promoción del auténtico desarrollo, según el plan de Dios.

La luz del mundo

9. En esta perspectiva, que debemos mantener viva en nuestros espíritus, os manifiesto hoy de nuevo mi agradecimiento y felicitación por la Santa Navidad. Os felicito a todos vosotros que, en cualquier orden y grado, prestáis una válida y apreciada colaboración a la Santa Sede en la Curia Romana, a la diócesis de Roma en el Vicariato, y a la Ciudad del Vaticano; felicito a los Representantes Pontificios y al personal diplomático que les ayuda en su misión; hago extensible mi felicitación a vuestros seres queridos, con un pensamiento particular para las familias en las que haya alguna pena, física o espiritual. Jesús, que viene, nos traiga a todos su gracia y su paz.

Cristo Niño, al que encontramos como los pastores y los magos en los brazos de María su Madre, es la luz del mundo, y es la luz de nuestras vidas: "Ipse est menti nostrae lumen", como dice San Agustín (*Quaest. Evangeliorum*, I, 1; PL 35, 1323). Que su luz guíe el servicio que prestamos al misterio de la Encarnación, en el que está particularmente insertada Ella, la Madre suya y nuestra, la Madre de la Iglesia: Ella, pues, será la que nos tomará de la mano y nos ayudará a ser fieles en nuestro servicio eclesial, en el cual también es Ella y siempre Ella la que "nos precede".

Y con ese afecto que la inminencia de las fiestas hace más íntimo y fuerte, os bendigo a todos.

MENSAJE

LAS COMUNICACIONES SOCIALES AL SERVICIO DE LA JUSTICIA Y DE LA PAZ

Queridos responsables de las comunicaciones sociales y queridos usuarios:

Las comunicaciones sociales constituyen una plataforma de intercambios y de diálogo apta para dar respuesta a una viva preocupación de mi pontificado y del pontificado de mi predecesor Pablo VI (cf. Mensaje a la sesión especial de las Naciones Unidas sobre el desarme, 24 de mayo de 1978, n. 5): contribuir a pasar, en la promoción de la paz por la justicia, de un equilibrio del terror a una estrategia de la confianza. Por eso me ha parecido urgente proponeros como tema de la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales de 1987: "Las comunicaciones sociales al servicio de la justicia y de la paz". Lo he repetido a menudo, pero hoy lo subrayo añadiendo este corolario: la confianza no puede ser obra de los responsables políticos solamente, debe nacer en la conciencia de los pueblos. Después de haber tratado ya el problema de la paz (Jornada mundial de 1983), desearía, el presente año, proseguir con vosotros esta breve reflexión sobre la obra de la justicia que realiza la paz, o sobre la estrategia de la confianza como realización de la justicia con miras a la paz.

Yo sé que para vosotros, artífices de las comunicaciones sociales, las masas no son multitudes anónimas. Representan el continuo desafío de alcanzar y llegar a cada uno en su propio contexto vital, a su nivel personal de comprensión y de sensibili-

dad, por medio de tecnologías cada vez más avanzadas y a través de estrategias de comunicación cada día más eficaces. Podría así resonar en vuestras conciencias esta invitación: transmitir la estrategia de la confianza a través de la estrategia de la comunicación, al servicio de la justicia y de la paz.

Vuestra estrategia de la comunicación es, en gran medida, una estrategia de la información en orden a contribuir a la edificación de esta sociedad del saber en la que nos encontramos implicados para lo mejor o para lo peor. Permittedme recordar lo que ya he afirmado a este propósito: la paz del mundo depende de un mayor conocimiento de los hombres y de las comunidades; la información cualificada de la opinión pública tiene una influencia directa sobre la promoción de la justicia y de la paz (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz de 1982, nn. 6. 8). Vuestra tarea parece superar las posibilidades humanas: informar para formar, cuando la avalancha de noticias os arrastra, a veces de manera peligrosa, a los cuatro ángulos del mundo, sin daros el tiempo necesario para ponderar cada caso o cada acontecimiento. Y sin embargo, los usuarios dependen de vosotros para comprender los estragos del terror y las esperanzas de la confianza.

La paz no es posible sin diálogo (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz de 1986, nn. 4-5), pero no se puede dialogar plenamente sin estar bien informado, en el Este y en

el Oeste, en el Sur y en el Norte. Nuestro diálogo quiere ser, además, un "diálogo total", es decir, un diálogo que se establezca en el marco de una estrategia global de comunicación: de información, ciertamente, pero también de recreación, publicidad, creación artística, educación, sensibilización para con los valores culturales. A través de esta estrategia de comunicación debería realizarse la estrategia de la confianza. Del equilibrio del temor, del miedo, incluso del terror, resulta —como decía Pío XII— una "paz fría", que no es la verdadera paz. Sólo la comunicación podrá generar —por la vía del diálogo total— un deseo y una esperanza de paz expresiva, como exigencia del corazón de las poblaciones. Y se podría añadir: una "justicia fría" no es verdadera justicia. La justicia no puede vivir más que en el seno de la confianza, de lo contrario no es más que una "justicia contra" y no una "justicia para" y una "justicia con" cada persona humana.

¿Cómo compaginar la estrategia de la confianza y la estrategia de la comunicación? Desearía desarrollar este tema de reflexión. Sé que la comunicación de masas es una comunicación programada y cuidadosamente organizada. Por ello, es importante evocar lo que podría ser una estrategia de la confianza transmitida por los *mass-media*. Creo que podría abarcar siete momentos fundamentales: hacer tomar conciencia, denunciar, renunciar, superar, contribuir, divulgar, afirmar.

En primer lugar, es preciso *hacer tomar conciencia*, o, en otros términos, hacer labor de inteligencia. ¿No ha dicho Pablo VI que la paz es una obra de inteligencia? Sería necesario, a través de los más variados programas, hacer tomar conciencia de que cualquier guerra puede provocar la

pérdida de todo y de que nada puede perderse con la paz. Para ello, la estrategia de la comunicación puede, mejor que cualquier otro medio, hacer comprender las causas de la guerra: las innumerables injusticias que empujan a la violencia. Cualquier injusticia puede llevar a la guerra. La violencia está en nosotros, debemos liberarnos de ella para inventar la paz. Esta es la obra de la justicia que se realiza como fruto de la inteligencia. La inteligencia, según la enseñanza del Concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 82-91), se expresa sobre todo a través de las opciones positivas que se hacen en torno a las cuestiones de la justicia y de la paz, frente a la injusticia y a la guerra. Y es ahí donde nuestro papel se hace apasionante, debido al espíritu de iniciativa que implica.

Comunicar las opciones constructivas de justicia y de paz corre parejo con vuestro deber de *denunciar* todas las causas de violencia y de conflicto: armamento generalizado, comercio de armas, opresiones y torturas, terrorismo de toda especie, militarización a ultranza y preocupación exagerada por la seguridad nacional, tensión Norte-Sur, cualquier forma de dominación, ocupación, represión, explotación y discriminación.

Si se quiere denunciar de manera coherente, es preciso también que uno mismo *renuncie* a las raíces de la violencia y de la injusticia. Una de las imágenes más sólidamente integradas en la producción de los medios de comunicación parece ser la del "ideal del más fuerte", de esa voluntad de supremacía que no hace sino aumentar el miedo mutuo. En la línea de lo que decía Juan XXIII, es necesario llegar, en vuestra producción, a un "desarme de los espíritus" (cf. Discurso a los periodistas del Concilio, 13 de octubre de 1962)

¿Cuál no sería el progreso de los intercambios de comunicación, si el mercado se hallase abundantemente provisto de programas que presentasen algo distinto a esta voluntad de dominar que inspiran tantas obras actualmente distribuidas! ¿Y cuál no sería la mejora cualitativa si los usuarios "impusiesen", con sus demandas y reacciones, que se renuncie al ideal del más fuerte! Para actuar en un espíritu de justicia, no basta "actuar contra", en nombre de una fuerza empujadora. Es preciso también "actuar para y con" los otros, o, en el mundo de los *mass-media*, comunicar para cada uno y con cada uno.

La estrategia de la confianza significa además *superar* todos los obstáculos que se oponen a las "obras de justicia" con miras a la paz. Es necesario, en principio, superar las barreras de la desconfianza. Nada mejor que las comunicaciones sociales puede traspasar todas las barreras de razas, clases, culturas, las unas frente a las otras. La desconfianza puede nacer de cualquier forma de parcialidad y de intolerancia social, política o religiosa. La desconfianza vive del desaliento que se hace derrotismo. La confianza, por el contrario, es el fruto de una actitud ética más rigurosa en todos los niveles de la vida cotidiana. El Papa Juan XXIII recordaba que era absolutamente necesario superar el desequilibrio entre las posibilidades técnicas y el compromiso ético de la comunidad humana. Y vosotros, que sois artífices o usuarios de las comunicaciones, sabéis bien que el mundo de la comunicación es un mundo de explosión del progreso tecnológico. Por ello, en este sector-punta de la experiencia humana, la exigencia ética es la más urgente a todos los niveles.

Vuestro papel, además, consiste en contribuir a hacer posible la paz

a través de la justicia. La información es la vía de la sensibilización, de la verificación, del control de la realidad de los hechos en los caminos de la paz. Esta contribución se puede profundizar a través de los debates y discusiones públicas en los *mass-media*. Es tal vez en este nivel donde vuestra imaginación se pondrá a prueba más duramente. La respuesta de los usuarios será también ahí la más necesaria.

No debemos descuidar nunca la *divulgación* insistente de todo lo que puede ayudar a hacer comprender y a hacer vivir la paz y la justicia, desde las más humildes iniciativas al servicio de la paz y de la justicia hasta los esfuerzos de las instancias internacionales. Entre estas iniciativas, el papel de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación, al servicio de la paz y de la justicia, para la garantía de la difusión múltiple de la información en favor de todos, ocupa, ciertamente, un lugar importante, como ya he recordado con ocasión de uno de los congresos de la Unión Católica Internacional de la Prensa (cf. Discurso a la UCIP, 25 de septiembre de 1980). Vuestra tarea de responsables de las comunicaciones es la de una educación permanente. Vuestro deber de usuarios es el de una continua búsqueda de acceso a todos los datos que podrán formar vuestra opinión y hacerlos cada vez más sensibles a vuestras responsabilidades. Todos nosotros somos responsables del destino de la justicia y de la paz.

Entre todas las iniciativas a divulgar, permitidme pedirlos con insistencia que no descuidéis la presentación de la idea cristiana de la paz y la justicia, del mensaje cristiano sobre la paz y la justicia, sin excluir las invitaciones al compromiso, pero también a la oración por la paz: dimensión irremplazable de la contribución ecle-

sial a las iniciativas de paz y en favor de los esfuerzos para vivir en la justicia.

Todo ello, lo sabéis, supone la presentación, a través de los medios de comunicación social, de la imagen verdadera y completa de la persona humana, fundamento de toda referencia a la justicia y a la paz. Todo lo que ofende a la persona es ya un "acto de guerra" que comienza. ¡Qué incalculables consecuencias tendrán, pues, cada una de las iniciativas de comunicación, cuyos animadores sois vosotros!

Con la divulgación, es preciso *afirmar* todas las condiciones previas en orden a la justicia y a la paz: los derechos inalienables de la persona humana, las libertades fundamentales en la igualdad y con vistas a una participación de todos en el bien común, el respeto de las soberanías legítimas, los deberes de indemnización y de asistencia... Pero sobre todo es preciso poner de relieve los valores de la vida: no ya la existencia presentada como inexorablemente integra-

da en una "lucha por la vida", sino la vida vivida con la inteligencia de la sabiduría en la bondad, o, más aún, el amor como fuente y como ideal de vida. Sólo el amor, que inventa de nuevo cada día la fraternidad, podrá definitivamente lograr la capitulación del terror. Que el amor, inspirado por el don de Dios, pueda actuar sobre estas "maravillas técnicas" de la comunicación, que son también "dones de Dios" (cf. *Miranda prorsus*).

Esperando que estas palabras os ayuden a no perder de vista la justicia y la paz, ya sea en el momento de la creación de vuestros programas, a vosotros, queridos artefactos de las comunicaciones sociales, o en el momento de la escucha y de la respuesta, a vosotros, queridos usuarios, os manifiesto a todos mi propia confianza y os invito a trabajar para crear confianza, al servicio de la humanidad entera.

Con este espíritu os doy gozosamente mi bendición apostólica.

Vaticano, 24 de enero de 1987.

MENSAJE

PARA LA JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES

DECIR "SI" AL SEÑOR QUE LLAMA A COLABORAR EN EL DISEÑO DIVINO DE SALVACION

Venerables hermanos en el Episcopado, queridísimos hermanos y hermanas del mundo entero.

El próximo domingo, 10 de mayo, la Iglesia universal celebrará la *XXIV Jornada mundial de Oración por las Vocaciones*.

Es ésta una ocasión que se ofrece, una vez más, a toda la comunidad cristiana y a cada uno de los bautizados para orar y trabajar por el incremento de las voca-

ciones a los ministerios ordenados, a la vida misionera, a la profesión de los consejos evangélicos.

Con el presente Mensaje deseo dirigirme particularmente a los *cristianos laicos* y encarecerles el compromiso y la responsabilidad a que les llama ya el próximo Sínodo de los Obispos que, dentro de pocos meses, como es sabido, estudiará el tema: "*Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo veinte años después del Concilio Vaticano II*".

1. "*Mirad vuestra vocación*" (1 Cor 1, 26).

El Señor Jesús, al fundar la Iglesia, "constituyó a unos apóstoles, a otros profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo" (Ef 4, 11-12).

Todos en la Iglesia hemos recibido una vocación. La atención a la misma no debe limitarse a la esfera personal, sino a contribuir también al desarrollo de otras vocaciones. Las diferentes vocaciones son entre sí complementarias y todas convergen en la única misión.

2. "*En la medida del don de Cristo*" (Ef 4, 7).

Por esto me dirijo en especial a los *padres cristianos*, que tienen una misión de primer orden en la Iglesia y en la sociedad. Efectivamente, donde germinan y brotan vocaciones sacerdotales y religiosas las más de las veces, es sobre todo en la familia. No en vano el Concilio llama a la familia "primer seminario", recomendando que en ella se creen las condiciones favorables para su desarrollo (cf. *Optatam totius*, 2).

Ciertamente entre los servicios que los padres pueden prestar a sus hijos ocupa el primer lugar el de ayudarles a descubrir y a vivir la llamada que Dios les hace sentir, incluida la "sagrada" (cf. *Gaudium et spes*, 52; *Familiaris consortio*, 53).

Queridos padres cristianos: Si el Señor os implica en su designio de amor, llamando a un hijo vuestro o a una hija, sed generosos y consideraos muy honrados. La vocación sacerdotal o religiosa es un don especial de la familia y, al mismo tiempo, un don a la familia.

La Iglesia espera mucho, también, de todos los que tienen responsabilidad en el campo de la educación juvenil.

Hago un llamamiento particular a los *catequistas*, hombres y mujeres que desarrollan su importante actividad en la comunidad cristiana. Quisiera recordar a este propósito, cuanto he escrito en la Exhortación Apostólica sobre la catequesis: "En lo que se refiere por ejemplo a las vocaciones para la vida sacerdotal y religiosa, es cosa cierta que muchas de ellas han nacido en el curso de una catequesis bien llevada a lo largo de la infancia y de la adolescencia" (*Catechesi tradendae*, 39).

Grande es también la aportación que pueden dar a las vocaciones los *maestros* y todos los laicos comprometidos en la escuela, en especial en la *católica*, que en todas las partes del mundo acoge innumerables legiones de jóvenes.

La escuela católica debe constituir una comunidad educativa capaz de proponer no sólo un proyecto de vida humano y cristiano, sino también los valores de la vida consagrada.

Además, los *Movimientos*, los *Grupos* y las *Asociaciones católicas*, tanto a nivel central como a nivel local, deben distinguirse por un empeño coherente y generoso en el campo vocacional. En la medida en que se abran a los intereses de la Iglesia

universal, crecerán cada vez más y verán florecer en el seno de sus grupos tantas vocaciones consagradas que serán el testimonio evidente de su vitalidad y madurez cristianas.

Por consiguiente se debe considerar pobre una comunidad eclesial que carezca del testimonio de las personas consagradas.

3. "Rogad al Dueño de la mies" (Mt 9, 38).

Ante el fenómeno del bajo número de los que se consagran al sacerdocio y a la vida religiosa, no podemos permanecer pasivos, sin hacer nada de cuanto esté en nuestras posibilidades. Ante todo podemos hacer mucho con la oración. El mismo Señor nos recomienda: "Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (cf. Mt 9, 38; Lc 10, 2).

La oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada es un deber de todos y un deber de siempre. El futuro de las vocaciones está en las manos de Dios, pero en cierto sentido también está en nuestras manos. La oración es nuestra fuerza; con ella las vocaciones no faltarán, ni la voz divina dejará de ser escuchada. Oremos al Maestro para que ninguno se sienta ajeno o indiferente a esta voz, antes al contrario, se interroge a sí mismo y mida su propia capacidad, o mejor, redescubra sus propias reservas de generosidad y de responsabilidad. Ninguno se sustraiga a este deber.

Oremos así al Divino Redentor:

"Señor Jesús, como llamaste un día a los primeros discípulos para hacerles pescadores de hombres, continúa también haciendo resonar hoy tu dulce invitación: ¡Ven y sígueme! Da a los jóvenes y a las jóvenes la gracia de responder prontamente a tu voz. Sostén en sus fatigas apostólicas a nuestros obispos, sacerdotes y personas consagradas. Da perseverancia a nuestros seminaristas y a todos los que están realizando un ideal de vida totalmente consagrado a tu servicio.

"Despierta en nuestra comunidad el empeño misionero. Manda, Señor, operarios a tu mies y no permitas que la humanidad se pierda por falta de pastores, de misioneros, de personas entregadas a la causa del Evangelio.

"María, Madre de la Iglesia, modelo de toda vocación, ayúdanos a decir "sí" al Señor que nos llama a colaborar en el designio divino de salvación. Amén".

Con la confianza de que el Señor acoge nuestras súplicas invoco la abundancia de los favores celestiales sobre todos vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, sobre los sacerdotes, los religiosos y religiosas y sobre todos los fieles, e imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, del año 1987, IX de nuestro pontificado.

MENSAJE PASCUAL

LA VICTORIA DE CRISTO RESUCITADO SEÑOR DE LA VIDA

EL AMOR ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE

1. *Victimae paschali laudes immolent christiani.* ¡A la Víctima pascual alabanza y gloria! ¡Cristianos, unámonos en este himno! ¡Cristianos de Roma y del mundo! ¡Unámonos en la adoración a la Víctima pascual, en la adoración al Cordero inmolado, en la adoración al Señor resucitado!

2. *Agnus redemit oves:* "Cordero sin pecado que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables unió con nueva alianza". ¡Este es Cristo! ¡Este es nuestro Redentor! ¡El Redentor del mundo! Ha dado su vida por las ovejas. Unámonos en la adoración a esta Muerte que nos trae la Vida, porque el Amor es más fuerte que la muerte: Sí, ¡la muerte aceptada por amor vence a la muerte! Sí, la muerte aceptada por amor, revela a Dios, que ama la vida, y quiere que nosotros, los que tenemos la vida misma que está en Él, tengamos vida y que la tengamos en abundancia (cf. Jn 10, 10). ¡A la Víctima pascual la mayor gloria y la alabanza más sublime! En su muerte está la reconciliación con el Padre. Esta es la reconciliación de los pecadores con Dios, la reconciliación del hombre, que por el pecado muere a Dios, y ya no tiene en sí la Vida que está en Dios y sólo en Dios. Solamente en Dios. La muerte de Cristo es un nuevo inicio. El inicio de la Vida que no tiene fin. No tiene fin, porque es de Dios y está en Dios. ¡Mientras la criatura muere, Dios vive!

Quando muere Cristo, toda la creación renace. ¡Bendita seas, muerte vivificante! Bendito sea el día que nos ha dado el Señor.

3. ¡Bendito seas, Cristo, Hijo del Dios vivo! Bendito seas, Hijo del hombre, Hijo de María. Bendito, porque has entrado en la historia del hombre y del mundo, hasta el límite de la muerte: *Mors et vita duello conflixere mirando*: "Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta". Sí. La historia del hombre y del mundo está marcada por el misterio de la muerte, marcada, desde el comienzo hasta el fin, con el destino de morir. Has tomado este sello sobre Ti, Hijo eternamente engendrado, Hijo de la misma naturaleza que el Padre: Vida de Vida, y la has llevado a través de los límites de la muerte, que pesa sobre la creación, a través de los límites de nuestra muerte humana, para revelar en ella al Espíritu que da la vida.

4. Todos nosotros, que venimos al mundo trayendo la muerte con nosotros, los que nacemos de nuestra madre terrena marcados por el destino ineluctable de la muerte, vivimos por la fuerza del Espíritu. Y en la fuerza de este Espíritu, que se nos ha dado por el Padre, por obra de tu muerte, Cristo, atravesamos los límites de la muerte que está en

nosotros y *nos levantamos del pecado* a la Vida revelada en tu Resurrección. Tú eres el Señor de la vida, Tú, de la misma naturaleza que el Padre, que es la Vida misma, junto contigo, en el Espíritu Santo que es el Amor mismo, y precisamente el Amor y la vida. En tu muerte, oh Cristo, la muerte se ha presentado inerte ante el Amor. Y la Vida ha vencido. *Mors et vita duello conflixere mirando. Dux vitae mortuus, regnat vivus.*

5. Tú, que eres el Resucitado y "triunfante te levantas" para siempre, quédate junto al hombre, junto al hombre de hoy día al que la muerte con su atractivo tenebroso tienta e insidia de mil maneras. Haz que él descubra la vida como don que en cada una de sus manifestaciones revela el amor del Padre: cuando se derrama en los renacidos por la fuente bautismal, y brota en cada fibra del cuerpo que se mueve, respira y se regocija: cuando se desarrolla en la multiforme variedad de los animales, o reviste la tierra de árboles, hierbas y flores. Cada forma de vida tiene en tu Padre su origen inagotable. De El fluye sin cesar y a El vuelve infaliblemente: a El, generoso dador de todo don perfecto (cf. *Sant* 1, 17).

6. En Dios tiene origen de manera singular la vida del ser humano, que *El mismo modela a su imagen* cuando despunta en el seno materno. Que no se extinga en el hombre contemporáneo la maravilla reverente por el misterio de amor que envuelve su entrada en el mundo. Te pedimos, ¡Señor de los vivos! Haz que el hombre de la era tecnológica *no se reduzca a sí mismo a objeto*, sino que respete, ya desde su primer comienzo, la dignidad irrenunciable que le es propia. Haz que viva, en sintonía con el plan

divino, la única lógica que le es propia, la del don de persona a persona en un contexto de amor, expresado a través de la carne con el gesto que desde el principio Dios quiso como sello del don.

7. Haz, Señor, que el hombre respete siempre la dignidad trascendente de cada uno de sus semejantes, ya sea pobre o hambriento, prisionero, enfermo o moribundo, herido en el cuerpo o en el espíritu, víctima de la duda o tentado por la desesperación. El sigue siendo siempre hijo de Dios, porque el don de Dios no pasa nunca. A todos se ofrece el perdón y la resurrección. Todo hombre merece respeto y apoyo. Merece amor.

8. *Dic nobis Maria, quid vidisti in via*: "¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?", visitando, al alba del tercer día, la tumba, el lugar donde había sido sepultado. Cuéntanos, María Magdalena, tú que has amado tanto. Tú que has encontrado la tumba vacía: *Sepulcrum Christi viventis, et gloriam vidi Resurgentis*, ¡El Señor vive! He visto al Resucitado. *Angelicos testes, sudarium et vestes*. ¿Quién ha podido dar testimonio? ¿Qué lengua humana? Sólo los ángeles podían explicar lo que significaba aquella tumba vacía y el sudario abandonado. ¡El Señor vive! He visto su gloria, lleno de gracia y de verdad (cf. *Jn* 1, 14). He visto la gloria. *Surrexit Christus spes mea*: "Resucitó de veras mi amor y mi esperanza. Venid a Galilea, allí el Señor aguarda".

9. Sí. Primero allí, en la tierra que lo ha dado como Hijo del hombre. En la tierra de su infancia y de su juventud. En la tierra de la vida oculta. Primero allí, en Galilea para

encontrar a los Apóstoles. Y después... ¡Y después, mediante el testimonio de los Apóstoles, en tantos lugares, en tantas naciones, pueblos y razas! Hoy la voz de este Mensaje pascual ha resonado en Jerusalén, junto a la tumba vacía, desea lle-

gar a todos: *Scimus Christum surrexisse a mortuis vere*. Sí, estamos seguros de ello: Cristo ha resucitado verdaderamente. Tú, Rey vencedor, da a tus fieles parte en tu victoria santa.

¡Amén. Aleluya!

MENSAJE

PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

LOS LAICOS, HOMBRES Y MUJERES MIEMBROS ACTIVOS DE LA IGLESIA MISIONERA

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. El Sínodo sobre la misión de los laicos

"Vosotros sois 'linaje elegido, sacerdocio regio, gente santa, pueblo adquirido, para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable' " (*1 Pe* 2, 9).

De este pueblo privilegiado descrito por el Príncipe de los Apóstoles, son miembros de pleno derecho los laicos, en los que centrará su atención la Asamblea General del Sínodo de los Obispos el próximo octubre, justamente el mes en que la Iglesia dedica su oración, reflexión y ayuda a las misiones de todo el mundo.

Tan feliz coincidencia me induce a dedicar este Mensaje a esa vasta y escogida porción del Pueblo de Dios, los fieles laicos —hombres y mujeres de toda edad y condición—, para reavivar en ellos la conciencia de formar parte de un pueblo que por su misma

naturaleza es misionero. La Iglesia, efectivamente "existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios...", como recordé en 1982 citando la *Evangelii nuntiandi*, del Papa Pablo VI (*Evangelii nuntiandi*, 14: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 21 de diciembre de 1975, pág. 4). La evangelización y la misión no son, pues, algo facultativo o suplementario y marginal. La Iglesia nació misionera y evangelizar es para ella ley de vida (cf. *Ad gentes*, 2-5).

2. La vocación bautismal como vocación misionera

Ante esta premisa irrenunciable, surge una pregunta: ¿A quién corresponde, concretamente, asumir la misión? El Concilio Vaticano II responde así: "Todos los fieles, como miembros de Cristo vivo... tienen el deber de cooperar a la expansión y

dilatación del Cuerpo de Cristo, para llevarlo cuanto antes a la plenitud. Por ello, todos los hijos de la Iglesia han de tener viva conciencia de su responsabilidad para con el mundo" (*Ad gentes*, 36). La evangelización no está reservada únicamente a la jerarquía, sino que "incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte" (*Lumen gentium*, 17). Y este deber se fundamenta en el primero de los sacramentos de la fe. Todos los laicos cristianos, precisamente en virtud del bautismo, son llamados por Dios a un apostolado efectivo: "La vocación cristiana es, por su naturaleza misma, vocación también al apostolado" (*Apostolicam actuositatem*, 2). Es una vocación cimentada en la gracia bautismal misma. Incorporados a Cristo mediante el bautismo, los cristianos participan de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. La confirmación los fortalece en la fuerza del Espíritu Santo, y la Eucaristía les comunica y nutre en ellos el amor a Dios y a los hombres, que es el alma de todo apostolado (cf. *Lumen gentium* 33; *Apostolicam actuositatem*, 3).

De aquí nace la invitación que renueva a todos los laicos, para que, reconociendo su primigenia dignidad de discípulos del Señor, perciban en todo su valor el sentido de la responsabilidad apostólica y cooperen generosamente a la obra de la evangelización.

3. Un cuerpo unido y ordenado

En la Iglesia, todos son responsables de la misión, y todos son al mismo tiempo "sujetos" y "destinatarios", pero esto no se realiza por un mismo título y del mismo modo, sino de acuerdo con la peculiar posición y función dentro de la Iglesia misma, así como con el ministerio

y carisma recibidos. Los dones de Dios son siempre abundantes, no exclusivos sino complementarios, todos encaminados a la única comunión y misión. Y a nosotros se nos pide que sepamos discernirlos y valorizarlos con sabiduría evangélica, teniendo en cuenta las necesidades objetivas y las urgencias actuales que se puedan presentar. Ante el ya próximo Sínodo de los Obispos, apremio gratamente a los laicos, sobre todo a los jóvenes, a que reconozcan la realidad de estos dones divinos y asuman con espíritu de responsabilidad personal la tarea de la evangelización mediante la palabra, el testimonio, la sementera de la sabiduría y esperanza tan anheladas, muchas veces inconscientemente, por la humanidad.

Las vocaciones laicales, llamadas a dar una aportación específica a la comunidad eclesial, constituyen también hoy en el Pueblo de Dios una expresión fuerte y significativa de la donación misionera. Crece, hoy más que en el pasado, la necesidad de personas que se consagren totalmente a la actividad misionera: "Son sellados con vocación especial quienes, dotados del conveniente carácter natural, e idóneos por sus disposiciones y talento, están dispuestos a emprender la obra misional, sean nativos del lugar o extranjeros: sacerdotes, religiosos, seglares" (*Ad gentes*, 23; cf. 6). Si, la Iglesia necesita hoy laicos maduros que actúen como discípulos y testigos de Cristo, artífices de comunidades cristianas, transformadoras del mundo con los valores del Evangelio.

Hago llegar mi gratitud y aliento apostólico a todos los laicos operantes ya en la actividad misionera de la Iglesia, confirmando a cada uno de ellos en su respectivo trabajo.

4. Los catequistas

Recuerdo en primer lugar a los tan numerosos y beneméritos catequistas, hombres y mujeres, que dan una aportación insustituible a la propagación de la fe, y hoy se les pide un servicio de la máxima importancia (cf. *Ad gentes*, 17; *Catechesi tradendae*, 66). ¿Cómo no reconocer que, sin estos agentes especializados en tierras de misión, tantas Iglesias, hoy florecientes, no habrían sido edificadas? Los catequistas han sido y son testigos directos de la fe, a veces hasta los pioneros, cronológicamente, en anunciarla, haciéndose así activos colaboradores para implantar, desarrollar e incrementar en la misión la vida cristiana. Su servicio forma parte de la estructura básica de la evangelización y es por lo tanto imprescindible para la Iglesia. Expreso una vez más mi deseo de que aumenten constantemente su número y calidad para una obra tan necesaria, confiando que encuentren siempre la benevolencia y ayuda que necesitan. Es evidente que también los catequistas tienen derecho al sustento conveniente, y si no pueden ser mantenidos por sus comunidades muy pobres, deberá proveer a ellos la solidaridad de los otros cristianos.

5. El voluntariado laical

Recuerdo también otra forma de compromiso laical misionero de la que, hoy sobre todo, la Iglesia espera mucho: la del voluntariado laical. Es una fórmula valiosa que da una notable aportación a la misión de la Iglesia, que facilita su marcha de evangelización; un servicio de laicos cristianos que se comprometen a dar algunos años de su vida cooperando directamente al crecimiento de los países en vías de desarrollo.

Además de la obra de promoción humana que llevan a cabo con otras fuerzas sociales, estos laicos, como cristianos, procuran que no falte a los hermanos la plenitud del desarrollo religioso y moral de que se dispone sólo mediante una plena apertura a la gracia de Dios. Animados de fe y caridad evangélicas, dan testimonio de amor y de servicio al hombre en toda su integridad corporal y espiritual.

A este respecto formulo también el deseo de que, con ocasión del Sínodo, muchas Iglesias particulares descubran en sí mismas esta forma de cooperación misionera, y se sientan comprometidas a discernir y sostener estas vocaciones laicales que muchos abrazarán generosamente, dispuestos a integrarse activamente en otras comunidades de hermanos.

Estas vocaciones deberán basarse siempre en un compromiso equilibrado y armónico, que no disocia nunca el desarrollo socio-cultural de la profesión de la fe religiosa. Para un servicio que aparece difícil y exigente, se requieren opciones prudentes, preparación adecuada, competencia profesional y, sobre todo, personalidad madura.

6. Abertura a otras formas de servicio

El Espíritu, que guía a la Iglesia a la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13), la unifica en la comunión y el ministerio, la enriquece con sus dones, incluso gracias especiales, la embellece con sus frutos, "distribuyendo a cada uno según quiere sus dones, con los que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes" (*Lumen gentium*, 12).

Ahora bien, todos estamos llamados a reconocer y aceptar favorablemente estas gracias especiales, que se dis-

pensar también a los laicos con miras a su deseada presencia en el campo misionero. Se invita sobre todo a las Iglesias jóvenes a abrirse y a valorizar confiadamente tales riquezas espirituales para las funciones y obras que se revelan "útiles para renovar y dar ulterior expansión a la Iglesia" (ib.).

Es necesario, pues, considerar y sostener múltiples formas de participación de los laicos en la vida litúrgica de las comunidades cristianas, en sus planes y consejos pastorales, en la práctica de la caridad y en la presencia cristiana en el mundo cultural, social y económico.

Quiero estimular también a una más amplia y activa participación del *laicado femenino* en la asunción de aquellos servicios que el vasto campo de la misión espera de su generosidad y de su específica aportación. Es de desear que este laicado dé su prestación, en los servicios tradicionales (hospitales, escuelas, asistencia), y en la evangelización directa, como la formación del núcleo familiar, el diálogo con los no creyentes o no practicantes, la promoción de la cultura católica, además de una presencia constante en el campo de la oración y de la liturgia.

7. Las Obras Misionales Pontificias

En esta Jornada de Pentecostés, la Iglesia, constatando el apremio de la misión, se siente impulsada a abrirse con renovada vitalidad al soplo potente y al amor vivificante del Espíritu que santifica al Pueblo de Dios, lo guía y adorna de virtudes, para que haga fructificar los carismas de la identidad cristiana.

A las Obras Misionales Pontificias, que por su origen, constitución y finalidad se caracterizan como instrumentos específicos del universalismo misionero, confío un manda-

to especial para que, con su labor capilar de animación, mantengan viva en el Pueblo de Dios, sobre todo entre los laicos, la conciencia misionera y pongan también en evidencia la vocación particular de los que recibieron tal misión.

A tales Obras incumbe la función de suscitar el interés y participación de todos los fieles, tanto en el plano espiritual como material al servicio de las misiones, y también de promover las vocaciones misioneras de los jóvenes.

En un mundo insidiado por vacías perspectivas y mucha incertidumbre, no hay que cesar nunca de suscitar y promover entre los laicos los nobles ideales de la misión para que sean muchos los que respondan a la llamada del Señor: "¡Heme aquí, envíame!" (Is 6, 8).

8. La Madre que nos precede en la fe y en la misión

He de recordar también —y es otra feliz coincidencia—, la celebración del Año Mariano. Resulta natural, claro y consolador que todos los hijos e hijas de la Iglesia dirijan su mirada hacia Aquella que está presente en la misión misma de la Iglesia desde sus comienzos (cf. *Redemptoris Mater*, 28). Si al final ya del segundo milenario cristiano el camino de esta Iglesia implica un renovado y generoso esfuerzo en su misión, será necesario, ahora y siempre, caminar con María.

Siguiendo a Cristo, la Iglesia trata de cumplir hoy, con invariada fidelidad su misma misión en el curso de la historia, de los hombres y de los pueblos. En el marco de esta colaboración con la obra del Hijo Redentor la Iglesia se asocia íntimamente a María, en espera de un nuevo Pentecostés (cf. *Act 1, 14*). Todos los cristia-

nos deben pues mirar a María, que precede en la fe a la Iglesia, para comprender y llevar a la práctica el sentido de la propia misión: cooperar en la obra de la salvación operada por Cristo hasta su conclusión definitiva

en el reino de los cielos.

Con mi bendición apostólica.

Vaticano, 7 de junio, solemnidad de Pentecostés, del año 1987, Año Noveno de mi Pontificado.

MENSAJE

A LA CONFERENCIA INTERNACIONAL SOBRE EL ABUSO DE LA DROGA Y EL TRAFICO ILICITO DE LA MISMA

DIVERSAS FACETAS DEL PROBLEMA Y CAMINOS PARA LA SOLUCION

A los distinguidos representantes en la Conferencia Internacional sobre el abuso de la droga y el tráfico ilícito:

El fenómeno del abuso de la droga es una de las mayores tragedias que atormentan la sociedad actual, una tragedia de proporciones cada vez mayores que alcanza tanto los países industrializados como los países en vía de desarrollo, con efectos devastadores en los individuos, en las familias y en toda la estructura de la sociedad. El hecho de que quienes abusan de la droga sean predominantemente jóvenes plantea una amenaza particular a la futura estabilidad de la sociedad, mientras caminamos hacia el final del segundo milenio.

Desgraciadamente existen indicios de que esta tragedia humana está empeorando constantemente: a) las drogas ilegales se están produciendo en cantidades cada vez mayores; b) el tráfico ilícito de drogas que produce inmensas ganancias continúa sin obstáculos; c) el carácter enormemente difundido del abuso de la droga que, aunque se concentra principalmente entre los jóvenes, se encuentra también en todos los estratos de la sociedad moderna, tanto en las zonas rurales como en las urbanas, tanto entre los hombres como entre las mujeres, y entre todas las razas y culturas. No existe ningún país que esté actualmente inmune de esta calamidad moderna, ya sea en el Este o en Occidente, en el hemisferio Norte o en el Sur, en los países más pobres o más ricos.

Muchos factores contribuyen al aumento dramático del abuso de la droga. Probablemente un factor fundamental es la quiebra de la familia. Además, existe una constante debilitación de las formas de vida tradicionales que durante generaciones han transmitido valores culturales y han dado sentido a la existencia cotidiana. Existen tensiones crecientes en las relaciones humanas, un desempleo en aumento, niveles de vida infrahumanos, temores motivados por la amenaza de una guerra nuclear

y otros múltiples factores sociales, uno de los cuales —y ciertamente no el menos importante— es una necesidad psicológica de escapar de las dificultades y dolorosas responsabilidades de la vida. Pero en el origen de este mal está la pérdida de valores éticos y espirituales. Si es cierto que los jóvenes de hoy son los grandes consumidores de drogas fuertes, es legítimo preguntar si esto no se debe a la clase de sociedad en la que nuestros jóvenes están siendo educados.

El abuso de la droga, allá donde existe, empobrece a todas las comunidades. Disminuye la fuerza humana y la fibra moral. Arruina los valores nobles. Destruye el deseo de vivir y de contribuir a una sociedad mejor. El abuso de la droga es ciertamente una calamidad, al igual que lo es el hambre, una sequía o una epidemia. Cada año recoge una cosecha siempre mayor de vidas humanas.

Pero la plaga moderna de la drogadicción no ha seguido totalmente sin obstáculos o sin oposición. No podemos cerrar los ojos al inmenso mal causado a la humanidad por este trágico problema; pero tampoco deberíamos dejar de ver los múltiples esfuerzos, incluso heroicos, que se están haciendo para contrarrestarlo.

La Organización de las Naciones Unidas, al igual que otras instituciones tanto gubernamentales como no gubernamentales, han despertado la atención a nivel internacional y regional sobre las consecuencias del abuso de la droga. Se han llevado a cabo convenciones, se han realizado estudios y se han usado otros medios; la Santa Sede ha tenido la satisfacción de participar activamente en estas iniciativas.

El continuo aumento de la producción y venta ilegales de drogas hace aún más urgente el deber de extender esas iniciativas que parecen estar alcanzando actualmente resultados positivos y concretos. Es indispensable que se combata directamente y al final se elimine la actividad criminal de la producción y el tráfico de droga. A este respecto, mi estímulo y mi admiración se dirigen a todos esos países en los que los líderes del Gobierno y los ciudadanos están verdaderamente comprometidos en combatir la producción, la venta y el mal uso de las drogas, pagando algunas veces un precio muy alto, y sacrificando incluso su propia integridad física. Aplaudo también a todos aquellos que están trabajando con la misma determinación para impartir educación preventiva en el hogar, en la escuela y en los lugares de trabajo. Esto requiere algunas formas de colaboración con distintas agencias a nivel nacional e internacional.

Pero todo esto no sería suficiente si tales esfuerzos políticos, legales y educativos no fueran acompañados por otras iniciativas, tales como hacer de la sustitución de cultivos una alternativa factible en las zonas donde el cultivo de plantas ilícitas parece ser la única opción provechosa o viable al alcance del agricultor. Para propiciar una alternativa así, se requieren programas globales de desarrollo rural, con infraestructuras estables, tecnología apropiada y los servicios comunitarios fundamentales de sanidad, educación, etc. Es claro que el problema de la drogadicción está relacionado con la cuestión del desarrollo humano.

Se debe prestar especial atención al tratamiento y rehabilitación de los drogadictos o dependientes de las drogas en un modo enfermizo. Esto requiere el establecimiento y mantenimiento de instituciones que puedan satisfacer las necesidades específicas de cada víctima del abuso de la droga. La gran variedad de necesidades representadas exige la posibilidad de un tratamiento triple: médico, social y legal. En esto, la Iglesia está dispuesta a prestar su ayuda, especialmente a través de los centros que ella misma ha establecido y también cooperando con centros que promueven otras entidades.

Un factor clave para una rehabilitación fructífera, especialmente en el caso de

los jóvenes, es el restablecimiento de la confianza en uno mismo y de un sano amor propio, que proporciona una motivación nueva basada en sólidos valores morales y espirituales. Quienes abusan de la droga deben ser ayudados a restablecer relaciones de confianza con su familia y sus amigos. También se les debe ayudar a reanudar su trabajo, su educación o su preparación para un empleo. Las familias desempeñan un papel vital en este proceso, como también lo tienen las instituciones educativas, sociales y culturales. La rehabilitación requiere el trabajo en equipo, y por esto cada una de estas instituciones debe colaborar con gusto con las familias y con todos los interesados.

Os aseguro que la Iglesia desea ofrecer todos los apoyos posibles a los múltiples y diversos esfuerzos que se están realizando. Quiero añadir una palabra de aliento personal para vosotros y para los gobiernos y organizaciones que representáis. La lucha común contra la plaga del abuso de la droga y del tráfico ilícito de la misma, está motivada por un serio espíritu de misión, en nombre de la humanidad y para el futuro mismo de la sociedad, una misión cuyo éxito requiere un compromiso mutuo y una respuesta generosa por parte de todos.

Que Dios bendiga vuestros esfuerzos y que esta Conferencia sea para el resto del mundo un faro de ánimo y de esperanza.

MENSAJE

PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE

LOS LAICOS CATOLICOS Y LAS MIGRACIONES

Venerados hermanos, muy queridos hijos e hijas de la Iglesia:

El acontecimiento de mayor relieve que caracteriza la vida de la Iglesia en el presente año es ciertamente el próximo Sínodo de los Obispos: una iniciativa destinada a llamar la atención y despertar el interés de todas las fuerzas vivas de la Iglesia, y a marcar una etapa decisiva en la toma de conciencia por parte de los laicos, de su propia vocación a expandir y consolidar así el reino de Dios entre los hombres. La Iglesia existe para evangelizar. A todos sus miembros se dirige la invitación de Jesús: "Id, pues: enseñad a todas las gentes" (Mt 28, 19).

1. LAS MIGRACIONES Y EL ANUNCIO DE LA BUENA NUEVA

La participación de los laicos en la misión de la Iglesia y en las distintas situaciones socio-culturales del momento, ha sido desde el principio uno de los medios más fecundos para proponer la salvación integral traída por Cristo. Las migraciones adquieren en este contexto una importancia particular, sobre todo si se tiene

en cuenta el papel que éstas han desarrollado en la difusión del cristianismo en los primeros siglos. Por esto nos parece natural tomar para el Mensaje anual de la Jornada mundial del Migrante el tema del próximo Sínodo e invitarlos a reflexionar sobre "los laicos católicos y las migraciones".

El empeño por aliviar la carga de aflicciones, de humillaciones y de pobreza que sufre el migrante, interpela a toda la Iglesia, pero en primer lugar a los laicos, por las fuertes tensiones sociales que caracterizan las migraciones. Tareas específicas corresponden a la sociedad de acogida y no sólo a los que son acogidos.

2 DIGNIDAD DE LA VOCACION Y DE LA MISION DE LOS LAICOS

Con la fuerza del bautismo Dios llama a cada cristiano, cualquiera que sea su estado, a una relación personal de amistad y de familiaridad con El. Esta llamada se configura como una invitación a seguir a Cristo, que, al comunicarnos su Espíritu, nos hace hijos de Dios y nos pone en condición de comportarnos como tales.

La dignidad del hombre, ya radicada en la imagen que de sí mismo Dios le ha impreso al crearle, encuentra en esta vocación una nueva y más alta motivación y su plena manifestación. Dios ama a cada hombre. Nadie está excluido de su amor. Es éste el principio de la salvación universal, que está en la base del afán misionero de la Iglesia y en el origen de la sensibilidad moderna, orientada hacia la búsqueda de la unidad de la familia humana; este principio hace desaparecer las discriminaciones, instaura la igualdad entre los pueblos e impone el respeto de la persona humana, sea cual fuere la condición en que se presente. Cada hombre ha de ser amado, respetado, defendido y protegido, por su relación con Cristo y con Dios. Si se ignora o se rechaza esta relación, será siempre fácil encontrar motivos aparentemente válidos para justificar la discriminación, la marginación y la opresión del hombre.

El Evangelio así, en cuanto luz puesta en lo alto, no anuncia una realidad que se agota en lo íntimo de cada uno, sino que se traduce en un compromiso frente al mundo exterior.

3. LA MISION DE LOS LAICOS EN LOS PAISES DE ACOGIDA

El mundo en el que os invito hoy a manifestar vuestros compromisos es el de las migraciones. Este mundo presenta una gran variedad de exigencias que afectan tanto a la comunidad de acogida, como a los migrantes mismos.

Con las migraciones están conectados problemas difíciles, tales como la reagrupación familiar, el trabajo, la vivienda, la escuela y la seguridad social. Personas y asociaciones laicas siguen poniendo a disposición de los emigrantes su tiempo y su propia profesión (médicos, abogados, profesores, etc.).

a) Comprometerse en el proceso de humanización de la sociedad.

Jesús ha querido prolongar su presencia entre nosotros en la condición precaria de los necesitados, entre los cuales incluye explícitamente a los migrantes. De esta manera quiere estimular al hombre hacia un continuo proceso de humanización de sí mismo y de sus propios hermanos. Cristo está al mismo tiempo de parte del que es servido, y de parte del que sirve. Alimentar esta fe significa poner el propio corazón a disposición de los demás.

b) Buscar las justas soluciones.

Los problemas de los emigrantes son frecuentemente comunes a los de la sociedad en que viven. En todas partes, de hecho, existe el problema de la vivienda, del trabajo, de la seguridad social, etc. Pero la situación de precariedad del emigrante aumenta enormemente esos problemas comunes. Es tarea de las autoridades atender a la entera colectividad, evitando con esmero toda posible discriminación que dañe a los emigrantes. Pero, por encima de todos, éstos sufren problemas específicos; por lo tanto es tarea de los laicos proponer y solicitar unas justas soluciones en nombre de Dios y en nombre del hombre. Los países ricos no pueden desinteresarse del problema migratorio y aún menos cerrar las fronteras y hacer leyes más restrictivas, sobre todo porque aumenta cada vez más la diferencia entre los países pobres y los países ricos, de donde las migraciones traen su origen. Se impone por el contrario una reflexión y una búsqueda de criterios más rigurosos de justicia distributiva que puedan aplicarse a escala mundial, incluso para la tutela del bien universal de la paz.

c) Facilitar la participación de los emigrantes en la vida de la sociedad.

Cualquiera que sea la situación vital de cada uno, hoy en día, todos están comprometidos en una vigorosa corriente de participación, como reflejo y exigencia de haber adquirido conciencia de su propia dignidad. Es importante tomar en consideración esta conciencia para que los problemas de los emigrantes puedan ser resueltos de un modo real y duradero.

Esta participación habrá de ser más evidente e inmediata en el ámbito de la Iglesia, en donde nadie es extranjero. Ya que Cristo muriendo por todos ha superado todas las barreras que dividían al griego del judío, al esclavo del hombre libre (cf. *Gál* 3, 28). Las migraciones brindan a la Iglesia local la oportunidad de medir su catolicidad, que consiste no sólo en acoger a las distintas razas, sino, y sobre todo, en realizar la comunión de estas razas. El pluralismo étnico y cultural en la Iglesia no constituye una situación que hay que tolerar en cuanto transitoria, sino una propia dimensión estructural. La unidad de la Iglesia no resulta del origen y del idioma comunes, sino del Espíritu de Pentecostés, que, acogiendo en un solo Pueblo a gentes de habla y de naciones distintas, confiere a todos la fe en el mismo Señor y la llamada a la misma esperanza. Y esta unidad es más honda que cualquier otra unidad que se funde sobre motivos distintos.

d) Luchas por el respeto del hombre.

La vocación misionera de la Iglesia encuentra hoy un espacio en el interior de la sociedad misma en donde, al lado de las comunidades cristianas, coexisten pueblos de habla y creencias distintas. Gracias a las migraciones la sociedad se ha transformado en un crisol de razas, religiones y culturas, del cual se espera un mundo nuevo a la medida del hombre, que se funde sobre la verdad y sobre la justicia. La lucha que el laico católico ha de llevar a cabo contra las injusticias y en favor de la promoción del hombre, ha de ser más fuerte que la lucha que realizan los demás, ya que Dios mediante la Revelación y la gracia le ha confiado el don de una luz y fuerza mayores.

4. LA MISION DE LOS EMIGRANTES

Pero en este Mensaje, relativo al papel de los laicos en las vicisitudes de las mi-

graciones, quiero dirigirme en particular a vosotros, los emigrantes.

La Iglesia conoce la complejidad de vuestros problemas, la precariedad de vuestra situación y las incertidumbres de vuestras perspectivas futuras. Ella aprovecha toda ocasión oportuna para apelar a la conciencia moral y civil de las autoridades competentes con el fin de que establezcan las medidas adecuadas en orden a resolver vuestra situación. Quisiera por esto subrayar la gran contribución que vosotros, como emigrantes, estáis llamados a dar a la misión de la Iglesia, sobre todo en el campo de la fraternidad, de la unidad y de la paz. Es la tarea que incumbe a todos, prescindiendo de la posición que cada uno tiene en la sociedad.

a) Expresar la preocupación de la Iglesia en el interior de la comunidad de los emigrantes.

En un cuadro de diáspora geográfica y ambiental, como es el de las migraciones hoy, vuestra aportación resulta insustituible. Pienso, especialmente, en la dispersión de los emigrantes por las grandes metrópolis del mundo occidental. Aquí, una red bien organizada de iniciativas, de la cual vosotros los emigrantes tenéis que formar el eje central, ha de expresar la auténtica preocupación misionera de la Iglesia en el sector de las migraciones, porque donde se anuncia la Palabra de Dios, allí se constituye la Iglesia, según las palabras del Señor: "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20).

En esta situación de diáspora, la fe no puede ser simplemente una herencia que hay que proteger, sino una realidad que ha de ser profundizada, verificada y desarrollada en el contexto de la Iglesia particular.

El proceso de interiorización y de personalización de la fe exige que se constituyan comunidades en el verdadero sentido de la palabra que, en cuanto tales, quedan automáticamente insertadas en la Iglesia local. La pastoral específica de los emigrantes, para que no sea una pastoral para marginados, ha de tender a la formación de comunidades que, en plenitud pertenezcan al tejido eclesial y contribuyan, junto a las demás, a la edificación del reino de Dios.

b) Hacerse cargo del desarrollo de la comunidad de los emigrantes.

Para crear comunidades en el contexto de las migraciones es importante emprender algunas iniciativas: la formación de grupos de emigrantes con una fuerte impronta espiritual y conciencia del compromiso cristiano: la creación de pequeñas comunidades de fe que se mantengan en conexión las unas con las otras, comunicándose sus experiencias; la institución de consejos parroquiales formados por personas que viven el mensaje cristiano y gozan de la confianza de la comunidad. Los primeros apóstoles inmediatos de los emigrados han de ser los emigrados mismos.

c) Vivir y transmitir la fe en el interior de la familia.

Del interior de la comunidad vuestras tareas de laicos han de encontrar su prosecución en el interior de la familia, un sector que, entre todos los otros, quiero subrayar como lugar de vuestro especial compromiso en la migración. Precisamente en una situación de diáspora y de creciente arreligiosidad, hay que restituir a la familia ese papel de lugar primario de catequesis y de Iglesia doméstica, donde los padres sean educadores de los hijos en la fe y donde los hijos aprendan la fe de la concreta experiencia de la vida.

Entre los emigrantes desdichadamente muchos son los desarraigados de su propio núcleo familiar. Son hombres que aman, sufren y buscan, en una situación difícil. El Señor no puede estar lejos de estas personas. Por esto existe el deber, por

parte de todos los laicos, de hacerse "prójimo" a ellos, y anunciar la Buena Nueva con el ejemplo del Señor: en la Iglesia, en casa, por las calles, entre los amigos.

5. TAREAS DE LOS SACERDOTES EN LA FORMACION DE LOS ADULTOS

Pero, refiriéndome al papel de los laicos, me dirijo a los Pastores, que desarrollan su actividad en el campo de las migraciones, y quiero reiterar que los grupos de compromiso laico no nacen sin la obra del sacerdote. En esta materia se da pues una responsabilidad propia y directa. Quiero añadir que desde un punto de vista funcional, es siempre oportuno establecer unas prioridades. En esta línea quisiera subrayar la importancia de dirigirme sobre todo a los laicos adultos. Ello no significa desatender a los más jóvenes, a los adolescentes y a otras categorías. Se trata sólo de llegar a ellas por un camino distinto, coger a los adultos ante todo, porque hacer catequesis no es solamente enseñar, sino que es vivir juntos, por medio de un intercambio de mentalidades, todas las implicaciones de la fe con las realidades existenciales; porque los adultos, al demostrar cómo se vive concretamente la relación fe-vida, tan esencial para el cristiano, se hacen también catequesis en el interior de la familia. Así ésta se convierte realmente en "Iglesia doméstica" que enseña, que testimonia, que genera, no sólo la vida física, sino también la fe.

6. CONCLUSION

Las migraciones son hoy un medio para que los hombres se encuentren. Las migraciones pueden ayudar a derribar perjuicios y a aumentar la comprensión y la fraternidad con vistas a la unidad de la familia humana. Teniendo esto en cuenta, las migraciones han de considerarse como la avanzadilla de los pueblos en camino hacia la fraternidad universal. La Iglesia que en su estructura de comunión, acoge todas las culturas sin identificarse con ninguna de ellas, se eleva como signo eficaz del esfuerzo unitario realizado en el mundo. La Iglesia, como Pueblo de Dios que camina, "constituye para todos los hombres un germen valiosísimo de unidad, de esperanza, de salvación" (*Lumen gentium*, 9).

El Año Mariano, en el curso del cual se desarrolla el Sínodo, confiere a éste último un significado especial. La Virgen Santa, por haber creído en las promesas del Señor, es la imagen más perfecta de la Iglesia, que genera nuevos hijos a la fe. "Que habite Cristo por la fe en nuestros corazones" (Ef 3, 17). "Los que a través de los siglos, de entre los diversos pueblos y naciones de la tierra, acogen con fe el misterio de Cristo... buscan en la fe de María el sostén para la propia fe" (Enc. *Redemptoris Mater*, 27). Ella, por su íntima participación en el misterio de la salvación, "atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio, y hacia el amor del Padre. Por lo tanto, en cierto modo, la fe de María... se convierte sin cesar en la fe del Pueblo de Dios en camino: de las personas y comunidades, de los ambientes y asambleas, y finalmente de los diversos grupos existentes en la Iglesia" (*ib.*, 28).

Con el deseo de que este Mensaje sea acogido con generosa correspondencia, os doy a todos de corazón la bendición apostólica, en particular a los más pobres, a los enfermos y a los niños, en la difícil condición de la migración.

Vaticano, 5 de agosto de 1987, IX año de mi pontificado.

JUAN PABLO II

MENSAJE

PARA LA CELEBRACION
DE LA JORNADA MUNDIAL
DE LA PAZ

LA LIBERTAD RELIGIOSA, CONDICION PARA LA
PACIFICA CONVIVENCIA

En el Día de Año Nuevo, me complace ser fiel a una cita mantenida durante veinte años con los Responsables de las Naciones y de los Organismos internacionales, así como con todos los hermanos y hermanas del mundo, que trabajan por la causa de la paz. Pues estoy profundamente convencido de que reflexionar juntos sobre el valor inestimable de la paz significa ya, de alguna manera, empezar a construirla.

El tema que este año deseo presentar a la atención común —la libertad religiosa, condición para la pacífica convivencia— nace de una triple consideración.

Ante todo, la libertad religiosa, exigencia ineludible de la dignidad de cada hombre, es una piedra angular del edificio de los derechos humanos y, por tanto, un factor insustituible del bien de las personas y de toda la sociedad, así como de la realización personal de cada uno. De ello se deriva que la libertad de los individuos y de las comunidades, de profesar y practicar la propia religión, es un elemento esencial de la pacífica convivencia de los hombres. La paz, que se construye y consolida a todos los niveles de la convivencia humana, tiene sus propias raíces en la libertad y en la apertura de las conciencias a la verdad.

Perjudican además, y de manera muy grave, a la causa de la paz todas las formas —manifiestas o solapadas— de violación de la libertad religiosa, al igual que las violaciones que afectan a los demás derechos fundamentales de la persona. A cuarenta años de la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, cuya conmemoración tendrá lugar en diciembre del año próximo, debemos constatar que, en diversas partes del mundo, millones de personas sufren todavía a causa de sus convicciones religiosas, siendo víctimas de legislaciones represivas y opresoras, estando sometidas a veces a una persecución abierta o, más a menudo, a una sutil acción discriminadora de los creyentes y de sus comunidades. Este estado de cosas, de por sí intolerable, constituye también una hipoteca negativa para la paz.

Por último, quisiera recordar y aprovechar la rica experiencia del Encuentro de oración, tenido en Asís el 27 de octubre de 1986. Aquel gran encuentro de hermanos, unidos en la invocación de la paz, fue un signo para el mundo. Sin confusiones ni sincretismos, los representantes de las principales Comunidades religiosas esparcidas por el mundo quisieron expresar juntos el convencimiento de que la paz es un don de lo alto y realizar un laborioso esfuerzo para implorarlo, acogerlo y hacerlo fructificar mediante opciones concretas de respeto, solidaridad y fraternidad.

1. Dignidad y libertad de la persona humana

La paz no es solamente ausencia de contrastes y de guerras, sino que es "fru-

to del orden implantado en la sociedad humana por su divino Fundador" (*Gaudium et spes*, 78). La paz es obra de la justicia, y por tanto requiere el respeto de los derechos y el cumplimiento de los deberes propios de cada hombre. Existe un vínculo intrínseco entre las exigencias de la justicia, de la verdad y de la paz (cf. *Pacem in terris*, p. I y III).

Según este orden querido por el Creador, la sociedad está llamada a organizarse y a desarrollar su contenido al servicio del hombre y del bien común. Las líneas maestras de este orden son escrutables por la razón y reconocibles en la experiencia histórica. El desarrollo actual de las ciencias sociales ha enriquecido la conciencia que la humanidad tiene de ello, a pesar de todas las desviaciones ideológicas y de los conflictos que a veces parecen ofuscarla.

Por esto la Iglesia católica, mientras quiere realizar con fidelidad su misión de anunciar la salvación que viene solamente de Cristo (cf. *Act* 4, 12), se dirige a cada hombre sin distinción y lo invita a reconocer las leyes del orden natural, que gobiernan la convivencia humana y determinan las condiciones de la paz.

Fundamento y fin del orden social es la persona humana, como sujeto de derechos inalienables, que no recibe desde fuera sino que brotan de su misma naturaleza; nada ni nadie puede destruirlos; ninguna constricción externa puede anularlos, porque tienen su raíz en lo que es más profundamente humano. De modo análogo, la persona no se agota en los condicionamientos sociales, culturales e históricos, pues es propio del hombre, que tiene un alma espiritual, tender hacia un fin que trasciende las condiciones mudables de la existencia. Ninguna potestad humana puede oponerse a la realización del hombre como persona.

Del principio primero y fundamental del orden social, por el que la sociedad se orienta hacia la persona, deriva la exigencia de que cada sociedad esté organizada de manera tal que permita al hombre realizar su vocación en plena libertad e incluso de ayudarlo en ello.

La libertad es la prerrogativa más noble del hombre. Desde las opciones más íntimas cada persona debe poder expresarse en un acto de determinación consciente, inspirado por su propia conciencia. Sin libertad, los actos humanos quedan vacíos de contenido y desprovistos de valor.

La libertad de la que el hombre fue dotado por el Creador es la capacidad que recibe permanentemente de buscar la verdad con la inteligencia y de seguir con el corazón el bien al que naturalmente aspira, sin ser sometido a ningún tipo de presiones, constricciones y violencias. Pertenece a la dignidad de la persona poder corresponder al imperativo moral de la propia conciencia en la búsqueda de la verdad. Y la verdad —como ha subrayado el Concilio Euménico Vaticano II— porque "debe buscarse el modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social" (*Dignitatis humanae*, 3), "no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad" (*Ib.*, 1).

La libertad del hombre en la búsqueda de la verdad y en la profesión de las propias convicciones religiosas que está relacionada con ella, para ser mantenida inmune de cualquier coacción de individuos, de grupos sociales y de cualquier potestad humana, debe encontrar una garantía precisa en el ordenamiento jurídico de la sociedad, es decir, debe ser reconocida y ratificada por la ley civil como derecho inalienable de la persona (cf. *ib.*, 2).

Está claro que la libertad de conciencia y de religión no significa una relativización de la verdad objetiva que cada ser humano, por un deber moral, está obligado a buscar. En la sociedad organizada, esta libertad es solamente la plasmación insti-

tucional de aquel orden en el cual Dios ha dispuesto que sus creaturas puedan conocer, acoger y corresponder a su propuesta eterna de la alianza, como personas libres y responsables.

El derecho civil y social a la libertad religiosa, en la medida en que alcanza el ámbito más íntimo del espíritu, se revela un punto de referencia y, en cierto modo, llega a ser parámetro de los demás derechos fundamentales. En efecto, se trata de respetar el ámbito más reservado de autonomía de la persona, permitiéndole que pueda actuar según el dictado de su conciencia, tanto en las opciones privadas como en la vida social. El Estado no puede reivindicar una competencia, directa o indirecta, sobre las convicciones íntimas de las personas. No puede arrogarse el derecho de imponer o impedir la profesión y la práctica pública de la religión de una persona o de una comunidad. En esta materia es un deber de las Autoridades civiles asegurar que los derechos de los individuos y de las comunidades sean igualmente respetados, y al mismo tiempo, que se salvaguarde el justo orden público.

Aun en el caso de que el Estado atribuya una especial posición jurídica a una determinada religión, es justo que se reconozca legalmente y se respete efectivamente el derecho de libertad de conciencia de todos los ciudadanos, así como el de los extranjeros que residen en él, aunque sea temporalmente, por motivos de trabajo o de otra índole.

En ningún caso la organización estatal puede suplantar la conciencia de los ciudadanos, ni quitar espacios vitales o tomar el lugar de sus asociaciones religiosas. El recto orden social exige que todos —individual y colectivamente— puedan profesar la propia convicción religiosa respetando a los demás.

El primero de septiembre de 1980, dirigiéndome a los Jefes de Estado firmantes del "Acta Final" de Helsinki, quise subrayar, entre otras cosas, cómo la auténtica libertad religiosa exige que se garanticen también los derechos que derivan de la dimensión social y pública de la profesión de fe y de la pertenencia a una comunidad religiosa organizada.

A este respecto, hablando a la Asamblea General de las Naciones Unidas, expresaba la convicción de que "el mismo respeto de la dignidad de la persona humana parece pedir que cuando sea discutido o establecido, a la vista de las leyes nacionales o de convenciones internacionales, el justo modo del ejercicio de la libertad religiosa, sean consultadas también las instituciones, que por su naturaleza sirven a la vida religiosa" (*Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1979, 4 b, 649).

2. Un patrimonio común

Se debe reconocer que los principios a los que me he referido son en la actualidad patrimonio común de la mayor parte de los ordenamientos civiles, así como de la organización de la sociedad internacional, la cual lo ha expresado en documentos normativos apropiados. Estos forman parte de la cultura de nuestro tiempo, como lo demuestra el debate cada vez más minucioso y profundo que, de modo especial en estos últimos años, ha madurado en reuniones y congresos de estudiosos y expertos sobre cada aspecto concreto de la libertad religiosa. Por otra parte, se constata con frecuencia que el derecho a la libertad religiosa no es entendido correctamente ni suficientemente respetado.

Se dan, ante todo, formas espontáneas de intolerancia, más o menos ocasionales, fruto a veces de ignorancia y de presunción, que ofenden a personas y comunidades, provocando polémicas, discrepancias y contraposiciones, con perjuicio de

la paz y de un empeño solidario por el bien común.

En diversos países determinadas formas legales y usos administrativos limitan o anulan en la práctica los derechos que las Constituciones reconocen formalmente a cada creyente y a los grupos religiosos.

Por último, hoy todavía se dan legislaciones y reglamentos que no contemplan el derecho fundamental a la libertad religiosa o prevén en ellos limitaciones carentes de fundamento, por no hablar de aquellos casos de disposiciones claramente discriminatorias y, a veces, abiertamente persecutorias.

Varias organizaciones públicas y privadas, nacionales e internacionales, han surgido sobre todo en los últimos años para la defensa de quienes, en muchas partes del mundo, son víctimas —por sus convicciones religiosas— de situaciones ilegítimas y ultrajantes para toda la humanidad. Frente a la opinión pública, éstas se hacen eco meritoriamente de las quejas y protestas de los hermanos y hermanas que pueden hacer oír su voz.

Por su parte, la Iglesia católica no deja de manifestar su propia solidaridad con quienes sufren discriminaciones y persecuciones a causa de la fe, actuando con empeño constante y paciente tenacidad para que semejantes situaciones puedan superarse. A este propósito, la Santa Sede trata de aportar su contribución específica en las reuniones internacionales, en las que se discute sobre la salvaguardia de los derechos humanos y de la paz. Al mismo nivel se sitúa la actividad —necesariamente más discreta pero no menos solícita— desarrollada por la Sede Apostólica y por sus Representantes en los contactos con las Autoridades políticas de todo el mundo.

3. La libertad religiosa y la paz

A nadie puede escapar el hecho de que la dimensión religiosa, arraigada en la conciencia del hombre, tiene una incidencia específica en el tema de la paz, y que todo intento de impedir y coartar su libre expresión se traduce inevitablemente, con graves hipotecas, en la posibilidad de que el hombre pueda vivir en concordia con sus semejantes.

Se impone una primera consideración. Como escribía ya en la mencionada carta a los Jefes de Estado firmantes del "Acta final" de Helsinki, la libertad religiosa, al incidir en la esfera más íntima del espíritu, sostiene y es como la razón de ser de las restantes libertades. Y la profesión de una religión, aunque consista ante todo en actos interiores del espíritu, implica toda la experiencia de la vida humana y, por consiguiente, todas sus manifestaciones.

La libertad religiosa, además, contribuye de modo determinante a la formación de ciudadanos auténticamente libres, pues —al consentir la búsqueda y la adhesión a la verdad sobre el hombre y el mundo— favorece en cada hombre una mayor conciencia de la propia dignidad y una aceptación más motivada de sus responsabilidades. Una relación leal con la verdad es condición esencial de una auténtica libertad (cf. *Redemptor hominis*, 12).

En este sentido se puede afirmar que la libertad religiosa es un factor importante para reforzar la cohesión moral de un pueblo. La sociedad civil puede contar con los creyentes que, por sus profundas convicciones, no sólo no se dejarán dominar fácilmente por ideologías o corrientes totalizadoras, sino que se esforzarán por actuar de acuerdo con sus aspiraciones hacia todo lo que es verdadero y justo, condición ineludible para la consecución de la paz (*Dignitatis humanae*, 8).

Más aún, la fe religiosa, al permitir que el hombre comprenda de modo nuevo

la propia humanidad, lo lleva a encontrarse plenamente, a través de una entrega sincera de sí, al lado de los demás hombres (cf. *Dominum et Vivificantem* 59). La fe acerca y une a los hombres, los hermana, los hace más solícitos, más responsables, más generosos en la dedicación al bien común. No se trata de sentirse únicamente mejor dispuestos a colaborar con los demás, dado que se sienten tranquilizados y protegidos en sus derechos, sino de alcanzar a través de las fuentes inagotables de la recta conciencia motivos superiores en el empeño por construir una sociedad más justa y humana.

Dentro de cada Estado —y, mejor, de cada pueblo— esta exigencia de corresponsabilidad solidaria es particularmente sentida actualmente. Pero, como ya se preguntaba mi venerado predecesor el Papa Pablo VI, “¿puede un Estado solicitar fructuosamente una total confianza y colaboración, cuando con una especie de *confesionalismo negativo* se proclama ateo y, aun afirmando respetar, en un cierto marco, las creencias individuales, toma posición contra la fe de una parte de sus ciudadanos?” (*Alocución al Cuerpo Diplomático*, 14 de enero de 1978. *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1978, 93). Por el contrario, se debería procurar que “la misma confrontación entre la concepción religiosa del mundo y la agnóstica o incluso atea, que es uno de los signos de los tiempos de nuestra época”, conserve “leales y respetuosas dimensiones humanas sin violar los esenciales derechos de la conciencia de ningún hombre o mujer que viven en la tierra” (*Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1979, 4 b. 649).

A pesar de las persistentes situaciones de guerra y de injusticia, constatamos hoy un movimiento hacia una unión progresiva de los pueblos y de las naciones, a diversos niveles políticos, económicos y culturales. Ante este impulso irrefrenable, pero que también encuentra constantes y graves obstáculos, la convicción religiosa da un fuerte empuje de alcance relevante. En efecto, al excluir el recurso a los métodos de la violencia en la composición de los conflictos y al educar a la fraternidad y al amor, dicho empuje favorece la concordia y la reconciliación, y puede facilitar nuevos recursos morales para la solución de cuestiones ante las cuales la humanidad aparece hoy débil e impotente.

4. La responsabilidad del hombre religioso

A los deberes del Estado concernientes al ejercicio del derecho a la libertad religiosa corresponden precisas y graves responsabilidades de los hombres y mujeres, tanto en la profesión individual de su religión como en la organización y vida de las respectivas comunidades.

En primer lugar, los responsables de las Confesiones religiosas están obligados a presentar sus enseñanzas sin dejarse condicionar por intereses personales, políticos y sociales, y en modos apropiados a las exigencias de la convivencia y respetuosos con la libertad de cada uno.

Paralelamente, los seguidores de las varias religiones deberían expresar —individual y comunitariamente— sus convicciones y organizar el culto y cualquier otra actividad propia de ellos, pero respetando los derechos de quienes no pertenecen a aquella religión o no profesan un credo.

Es precisamente en el terreno de la paz —suma aspiración de la humanidad— donde cada comunidad religiosa y cada creyente en particular pueden medir la autenticidad del propio compromiso de solidaridad hacia los hermanos. Hoy, acaso

más que nunca, el mundo mira a las religiones con particular expectación en lo que concierne a la paz.

Por otra parte, produce satisfacción constatar, tanto en los responsables de las confesiones religiosas como en los simples fieles, una atención creciente, un deseo, cada vez más vivo de actuar en favor de la paz. Tales propósitos merecen ser alentados y oportunamente coordinados para que sean cada vez más eficaces. Para conseguirlo, es necesario ir hasta la raíz.

Esto es lo que aconteció en Asís el año pasado: respondiendo a mi llamada fraternal, los responsables de las principales religiones del mundo se reunieron para afirmar juntos —sin menoscabo de la fidelidad a las respectivas convicciones religiosas— su común empeño en favor de la paz.

Según el espíritu de Asís, se trata, efectivamente, de un don vinculante y que compromete, de un don que ha de cultivarse y madurar. Todo ello, en la acogida recíproca, en el respeto mutuo, en la renuncia a la intimidación ideológica y a la violencia, en la promoción de instituciones y de formas de entendimiento y de cooperación entre los pueblos y naciones; pero, sobre todo, en la educación a la paz, considerándola a un nivel mucho más alto que la sola, si bien necesaria, reforma de las estructuras. En una palabra, se trata de la paz que presupone la conversión de los corazones.

5. El compromiso de los seguidores de Cristo

Reconocemos con gozo que entre las *Iglesias y Comunidades eclesiales cristianas*, este proceso se encuentra felizmente en marcha. Desearía formular mis fervientes votos de que dicho proceso pueda recibir nuevos impulsos y que llegue a abarcar de manera creciente a todas las personas religiosas del mundo en el gran desafío de la paz.

Como Pastor de la Iglesia universal dejaría de cumplir el mandato recibido si no elevara mi voz en defensa del respeto del derecho inalienable de que el Evangelio sea proclamado “a toda creatura” (*Mc* 16, 15), y si no recordara que Dios ha puesto la sociedad civil al servicio de la persona humana, la cual ha de gozar de la libertad de poder buscar y hacer suya la verdad. El empeño por la verdad, por la libertad, por la justicia y por la paz distingue a los seguidores del Señor Jesús. En efecto, nosotros sabemos por la revelación que Dios Padre, mediante su Hijo muerto en la cruz, que “es nuestra paz” (*Ef* 2, 14), ha hecho de nosotros un Pueblo nuevo, que goza de la libertad de los hijos y que tiene como estatuto el precepto del amor fraterno.

Sabemos que nuestra libertad, como Pueblo de la Nueva Alianza, halla su expresión más elevada en la respuesta plena a la llamada divina a la salvación; y con el Apóstol Juan confesamos: “Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene” (*1. Jn* 4, 16), y que se manifestó en el Hijo encarnado. De este libre y liberador acto de fe nace una nueva visión del mundo, un nuevo acercamiento a los hermanos, un modo nuevo de ser en la sociedad como levadura en la masa. Es el “mandamiento nuevo” (*Jn* 13, 34) que nos dio el Señor: es “su paz” (*Jn* 14, 27), no como la da el mundo, sino la paz verdadera que El nos dejó.

Hemos de vivir plena y responsablemente la libertad que nos viene del hecho de ser hijos y que abre ante nosotros perspectivas de trascendencia. Hemos de empeñarnos con todas nuestras fuerzas en vivir el mandamiento nuevo, dejándonos iluminar por la paz que nos ha sido dada, y a la vez, haciéndola irradiar en torno

nuestro. "En esto —nos dice el Señor— conocerán que sois mis discípulos" (Jn 13, 35).

Soy consciente de que este magno empeño supera nuestras pobres fuerzas. ¡De cuántas divisiones e incomprensiones tenemos los cristianos nuestra parte de responsabilidad, y cuánto queda aún por construir en nuestro ánimo, en las familias, en las comunidades, bajo el signo de la reconciliación y de la caridad fraterna! Por otra parte, hemos de reconocer que las circunstancias de nuestro mundo no nos facilitan la tarea. En efecto, la tentación de la violencia está siempre al acecho; el egoísmo, el materialismo y la soberbia hacen al hombre cada vez menos libre y a la sociedad cada vez menos abierta a las exigencias de la fraternidad. Sin embargo, no hemos de desanimarnos; Jesús nuestro Señor y Maestro, está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20).

Mi pensamiento se dirige, de modo particularmente afectuoso, a los hermanos y hermanas que se ven privados de libertad para profesar su fe cristiana, a cuantos sufren persecución por ser cristianos o que por seguir a Cristo sufren marginación y humillaciones. Deseo que estos hermanos y hermanas nuestros experimenten nuestra cercanía espiritual, nuestra solidaridad, el sostén de nuestras plegarias. Sabemos que su sacrificio, por estar unido al de Cristo, lleva consigo frutos de verdadera paz.

El compromiso por la paz, amados hermanos y hermanas en la fe, constituye un testimonio que hoy nos hace creíbles a los ojos del mundo y, sobre todo, a los ojos de las jóvenes generaciones. El gran reto del hombre contemporáneo, la meta de su auténtica libertad, está en la bienaventuranza evangélica: "Dichosos los constructores de paz" (Mt 5, 9).

El mundo tiene necesidad de paz, el mundo desea ardientemente la paz. Oremos para que todos, hombres y mujeres, gozando de la libertad religiosa, puedan vivir en paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 1987.

MENSAJE NAVIDEÑO

LA IGLESIA INVITA A LOS HOMBRES A BUSCAR AL SEÑOR EN BELEN

1. "Y la Palabra estaba en Dios... Todo se hizo por Ella y sin Ella no se hizo nada de cuanto existe. En Ella estaba la vida..." (Jn 1, 1b. 3-4). Y "la Palabra era Dios" (Jn 1, 1c).

Hoy, día de Navidad, la Iglesia contempla con el ojo de águila del cuarto Evangelista el misterio inescru-

table de Dios. Hoy, la vista y el oído de nuestra fe se abren profundamente. Escuchamos, con el Apóstol, las palabras de lo Alto: "Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy" (Act 13, 35; Hb 1, 5). Este "hoy" es el "día" de la Eternidad divina, y dura más allá de cualquier medida con la

que computamos el tiempo.

La Iglesia entera grita con gozo: "Dios de Dios, Luz de Luz. Engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre". "Yo te he engendrado hoy, Hijo mío eres tú". Y del Progenitor y del Engendrado procede el Espíritu: el soplo del Padre y del Hijo. El Amor, el Don increado. El insondable vínculo de la Trinidad.

2. Dios —y el mundo. El mundo, aunque no eterno en sí mismo, está eternamente en Dios. Y está en Ti Hijo-Palabra: "primogénito de toda la creación" (Col 1, 15). El Padre te introduce hoy en el mundo. Te introduce a Ti, Palabra, que eres "resplandor de su gloria e impronta de su sustancia" (Heb 1, 3). A Ti Hijo, que sostienes todo con el poder de tu palabra (cf. ib). Hoy el Padre te introduce en el mundo. Hoy "la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn 1, 14), para que los pastores de Belén vieran a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, ya que no había lugar para Él en la posada... Y así "hemos contemplado su gloria". Contemplamos la gloria que recibe "del Padre como Hijo único" (Jn 1, 14), durante todos los días de su vida en la tierra a través de toda la verdad del Evangelio: palabras y obras, a través de Getsemaní y de la Cruz en el Gólgota, y luego a través de la tumba vacía, y de las sucesivas apariciones, testimonio de que Él había resucitado. Contemplamos su gloria que recibe "del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14). "Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy". El "hoy" de la Eternidad divina se hace presente en el "hoy" cotidiano del Hijo de Dios en la tierra.

3. Hijo, Sabiduría eterna, que

has realizado hasta el final tu deseo de estar con los hijos de los hombres y "jugando por el orbe de su tierra" (cf. Prov 8, 31). Haciéndote "Emmanuel", Dios con nosotros (cf. Mt 1, 23). Palabra, que te hiciste carne y pusiste tu morada entre nosotros, Hijo nacido de Mujer como cada uno de nosotros, hoy la Iglesia te contempla con los ojos del alma y del cuerpo, con los ojos de la fe y del corazón. Este es nuestro "hoy" humano. El "hoy" del mundo que pasa. El "hoy" de la historia. Hoy la Iglesia te contempla a Ti, Niño en los brazos de María. "Hoy" aquí en la tierra, tienes Madre. Oh incontentible, consustancial al Padre; que —por obra del Espíritu Santo— te has dejado contener en el seno materno de la Virgen en el momento de la Anunciación. Que te dejas, hoy, apretar por sus manos, por sus brazos, te dejas amamantar en el seno materno, como cada criatura humana. Oh incontentible, sobre el cual se inclina el Padre Eterno y dice: "Hijo mío eres Tú, yo te he engendrado hoy", y así te abraza eternamente, en el misterio inescrutable de la Divinidad. Oh incontentible, sobre el cual se inclina la Madre terrena y dice: Tú eres mi Hijo. Yo, pobre, te he dado a luz mediante la obediencia al Espíritu Santo. Tu nombre es Jesús... Dios que salva.

4. Mediante la Madre Tú entras en nuestro mundo, entras en la historia del hombre. Esta Madre es la Hija de Sión, lleva consigo la herencia de Israel, su Pueblo. Realiza dentro de sí los deseos de tantas madres de aquel pueblo. Está dentro de Ella el mundo que espera a su Dios. Está dentro de Ella la criatura abierta plenamente ante su Creador. Está dentro de Ella la historia del hombre de todos los lugares de la tierra.

La historia del hombre comienza

siempre nuevamente en el seno de cada madre, en medio de la riqueza de las lenguas, las culturas y las razas. La historia del hombre, en la maternidad de esta Madre única, alcanza el vértice del misterio divino, unido eternamente al Verbo que se hizo carne: hijo de María.

5. Sí. El vértice del misterio divino, que ningún progreso humano puede alcanzar y ninguna medida de la perfección humana igualar. El vértice del misterio divino: "A los que creen en su nombre, *dióles poder de venir a ser hijos de Dios*" (Jn 1, 12). Dióles su poder para que, no de la sangre, ni de la voluntad de varón, sino que *de Dios sean engendrados* (cf. Jn 1, 13). Tal poder se lo dio Aquel a quien el Padre dice eternamente: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado". El que por nosotros y por nuestra salvación "bajó" del Padre, se ha encarnado en el seno de la Virgen María y se ha hecho Hombre. Ha dado tal poder a nosotros los hombres. Este es el poder de la Navidad.

6. ¿Sabrán los hombres ser capaces de servirse de semejante poder? ¿Sabrán acoger la extraordinaria posibilidad, que se les brinda en el Niño de Belén, de trascender los límites de su finitud, la lóbrega oscuridad de sus egoísmos, para entrar en la realidad maravillosa de la vida divina, que

es la plenitud de la luz, gozo y amor?

El interrogante se lo plantea cada generación de la historia... Pero en este tiempo nuestro, en la era tecnológica, vuelve con particular intensidad, porque nunca como hoy el hombre ha sido tentado de creerse autosuficiente, capaz de construir con sus manos la propia salvación.

7. Este es el motivo por el que la Iglesia en esta Navidad, una vez más y con más fuerza que nunca, levanta su voz para anunciar el inaudito misterio, y vuelve a proponer al hombre contemporáneo el "admirable trueque" entre lo que él es en su finitud y la omnipotencia de un Dios, que le viene al encuentro bajo el ropaje de la frágil carne de un Niño envuelto en pobres pañales y colocado en un pesebre por las manos premurosas de la Madre.

La Iglesia alza su voz e invita también a los hombres de hoy a dirigir sus pasos a Belén para encontrar a ese Niño y descubrir en su rostro la sonrisa de un Dios que quiere hacer de cada nacido de mujer un hijo suyo en el Hijo, Verbo Eterno, por medio del cual ha sido hecho todo lo que existe.

Todos hijos en el Hijo, todos hermanos en la única familia de Dios. Esta es la verdad de la Navidad, este es su mensaje perenne: *Todos hijos en el Hijo. Así sea.*

MENSAJE

PARA LA III JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

EN CAMINO CON MARIA Y A LA ESCUCHA DE MARIA

"Haced lo que El os diga" (Jn 2, 5).

Queridísimos jóvenes:

1. Una vez más, me dirijo a vosotros para anunciaros la próxima Jornada mundial de la Juventud que se celebrará en las Iglesias locales el Domingo de Ramos de 1988. Dicha Jornada tendrá, esta vez, un carácter muy especial, ya que en toda la Iglesia se está viviendo el Año Mariano inaugurado el domingo de Pentecostés y cuya clausura celebramos el 15 del próximo mes de agosto, en la solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

Al final del segundo milenio de la era cristiana, en un momento crítico de la historia de nuestro mundo desgarrado por múltiples y difíciles problemas, el Año Mariano constituye, para todos nosotros, un don especial. En este año, María se presenta bajo una nueva luz, como una Madre cuyo corazón rebosa de amor, tierno y sensible, y como una Educadora que nos precede en el camino de la fe, indicándonos cuál es el camino de la vida. Por eso, el Año Mariano es un año en el que, de modo especial se escucha a María. Y, en este Año Mariano, es María a quien escucharéis en vuestra próxima Jornada mundial: esta vez, es María la que os convoca, ¡jóvenes! Ella os da la cita porque tiene mucho para deciros. Estoy seguro que, guiados por vuestros obispos, como en los años pasados, participaréis activamente en la celebración de la Jornada Mundial de 1988.

2. El punto central de la Jornada mundial de la Juventud, pues, será María, Virgen y Madre de Dios. Y será una Jornada de escucha. ¿Qué nos dirá María, nuestra Madre y Maestra? En el Evangelio, encontramos una frase en la que María se manifiesta realmente como Maestra. Es la frase que pronunció en las bodas de Caná. Después de haber dicho a su Hijo: "No tienen vino", dice a los sirvientes: "Haced lo que El os diga".

Y estas son las palabras que he querido escoger como hilo conductor de la Jornada mundial de 1988. Encierran un mensaje muy importante, válido para todos los hombres de todos los tiempos. "Haced lo que El os diga" significa: escuchad a Jesús, mi Hijo; actuad según su palabra y confiad en El. Aprended a decir que "Sí" al Señor en cada circunstancia de vuestra vida. Es un mensaje muy reconfortante, del cual todos tenemos necesidad.

"Haced lo que El os diga". En estas palabras, María expresa sobre todo el secreto más profundo de su vida. En estas palabras, está toda Ella, Su vida, de hecho, ha sido un "Sí" profundo al Señor. Un "Sí" lleno de gozo y de confianza. María, llena de gracia, Virgen Inmaculada, ha vivido toda su existencia, completamente disponible a Dios, perfectamente en acuerdo con su voluntad, incluso en los mo-

mentos más difíciles, que alcanzaron su punto culminante en el Monte Calvario, al pie de la cruz. Nunca ha retirado su "Sí", porque había entregado toda su vida en las manos de Dios: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Al respecto, os recuerdo lo que destaca la Encíclica *Redemptoris Mater*: "En efecto, en la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando 'la obediencia de la fe' a Aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando 'el homenaje del entendimiento y de la voluntad'. Ha respondido, por tanto, con todo su 'yo' humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la 'gracia de Dios que previene y socorre' y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que 'perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones'" (n. 13).

"Haced lo que El os diga". Esta breve frase contiene todo el programa de vida que María-Maestra realizó como primera discípula del Señor y que nos enseña en nuestros días. Es el programa de una vida que se apoya en un fundamento sólido y seguro que tiene como nombre: Jesús.

3. Podemos constatar que el mundo en el que vivimos atraviesa momentos de crisis. Una de las más peligrosas es la pérdida del sentido de la vida. Muchos de nuestros contemporáneos han perdido el verdadero sentido de la vida; buscan sucedáneos en un consumismo desenfrenado, en la droga, el alcohol y el erotismo. Buscan la felicidad pero el resultado de esta búsqueda es una profunda tristeza, un vacío en el corazón y, muy a menudo, la desesperación.

En esta situación, muchos jóvenes se plantean interrogantes fundamentales: ¿Cómo vivir una vida de modo que no la arruine? ¿Sobre qué cimientos construir mi vida para que sea verdaderamente bien lograda? ¿Qué debo hacer para dar un sentido a mi vida? ¿Cómo debo comportarme en las situaciones complejas y difíciles que a veces se viven, en mi familia, en la escuela, en la universidad, en el trabajo, con los amigos...? Son interrogantes, a veces dramáticos, que ciertamente, también hoy, muchos de vosotros se plantean.

Vosotros todos, estoy seguro, queréis establecer vuestra vida sobre fundamentos sólidos, capaces de resistir las adversidades que no pueden faltar: queréis fundarla sobre la roca. Entonces, delante de vosotros, está María, la Virgen de Nazaret, la humilde sierva del Señor que os muestra a su Hijo diciendo: "Haced lo que El os diga", es decir, escuchad a Jesús, obedeced a Jesús, a sus mandamientos, confiad en El. Este es el único programa de vida para realizarse auténticamente y ser feliz. Esta es la sola fuente que le da un sentido profundo a nuestra vida.

El año pasado, con motivo de la Jornada mundial de la Juventud, habéis meditado en torno a las palabras de San Juan: "Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en El" (1 Jn 4, 16). Y este año, María os explica, queridos jóvenes, lo que significa creer en Dios y amar a Dios. La fe y el amor no se reducen a palabras o a sentimientos vagos. Creer en Dios y amar a Dios significa vivir toda la vida con coherencia, a la luz del Evangelio. Creer en Dios y amar a Dios significa comprometerse a hacer siempre lo que Jesús nos dice en las Escrituras y lo que nos enseña el Magisterio de la Iglesia. Y esto no es fácil. ¡Sí! Muchas veces, se necesita mucho coraje para ir contra la corriente de la moda o la mentalidad de este mundo. Pero, lo repito, ésta es la única vía para edificarse una vida bien lograda y plena.

Esto es lo que María nos enseña en las bodas de Caná, enseñanza que queremos profundizar y acoger plenamente con ocasión de la Jornada mundial de la Juven-

tud de 1988.

¡Queridísimos jóvenes!: os invito a todos a participar en este acontecimiento importante. Venid y escuchad a la Madre de Jesús, ¡vuestra Madre y vuestra Maestra!

4. Para que no se reduzca a una mera manifestación exterior y efímera, la Jornada mundial de la Juventud requiere un camino de honda preparación —a nivel de la diócesis, de la parroquia, de vuestros grupos, movimientos y asociaciones juveniles— y, de modo particular durante la Cuaresma.

Por lo tanto, os invito a todos a recorrer este camino de preparación espiritual para acoger lo mejor posible tanto la gracia del Año Mariano, como el don de la Jornada mundial de la Juventud de este año.

Meditad sobre la vida de María. Meditadla, sobre todo ¡vosotras jóvenes! Para vosotras, pues, la Virgen Inmaculada es un modelo sublime de mujer consciente de su propia dignidad y de su alta vocación. Meditadla también ¡vosotros, jóvenes!, escuchando las palabras que María pronunció en Caná de Galilea: "Haced lo que El os diga", tratad de construir vuestra vida, desde el principio, sobre el sólido fundamento que es Jesús. Os deseo que vuestra meditación sobre el misterio de María os lleve a imitarla en su vida: aprended de Ella a escuchar y a poner en práctica la Palabra de Dios (cf. Jn 2, 5), aprended de Ella a permanecer cerca del Señor, aunque ello pueda costaros mucho (cf. Jn 19, 25).

Os deseo que vuestra meditación sobre el misterio de María os lleve también a rezarle con confianza en el Rosario. ¡Tratad de descubrir la belleza del Rosario! ¡Que esta oración os vaya acompañando cada día de vuestra vida!

Termino, ahora, este Mensaje saludándoos de todo corazón, jóvenes de todo el mundo. Quiero que sepáis que os recuerdo a cada uno en mi oración.

A lo largo de todo vuestro camino de preparación espiritual que os llevará a la Jornada mundial de la Juventud de 1988 y durante su celebración en vuestra diócesis, os acompañe mi bendición apostólica.

Vaticano, 13 de diciembre de 1987, III domingo de Adviento.

MENSAJE

PARA LA JORNADA
MUNDIAL DE ORACION
POR LAS VOCACIONES

LA PRESENCIA MATERNA DE MARIA EN LA PASTORAL VOCACIONAL

Venerados hermanos en el Episcopado, muy queridos hermanos y hermanas del mundo entero:

1. Con ánimo lleno de alegría y esperanza, en el clima del gozo pas-cual, el domingo 24 de abril próximo,

celebraremos la Jornada mundial de Oración por las Vocaciones.

Han pasado 25 años desde que el inolvidable Papa Pablo VI, de venerada memoria, invitó a toda la Iglesia a orar, en una Jornada especial, por las vocaciones consagradas, lo cual se fundamenta en la enseñanza (Mt 9, 38; Lc 10, 2) y en el ejemplo de Cristo (Lc 6, 12); en la naturaleza misma de la vocación, realidad misteriosa y trascendente, cuyo origen es Dios mismo; y además, en la función de la oración como colaboración eficaz en el plan salvífico del Padre.

Es consolador comprobar, en estos últimos años, en diversas partes del mundo, un notable aumento de los candidatos al sacerdocio o de los que expresan el deseo de seguir a Cristo por el camino de los "consejos evangélicos". Ello es una prueba más de que el empeño y la constancia en la tarea vocacional ofrecen preciosos frutos a los que trabajan en la viña del Señor con corazón confiado, sincero y constante. En efecto, la crisis se va superando progresivamente allí donde se vive con intensidad la fe, se realiza la nueva evangelización y se encarna el misterio pascual de Jesús en la vida de la persona.

2. Hoy día se siente vivamente en la Iglesia la necesidad y la urgencia de tener continuadores en el orden sagrado, en las misiones, en las diversas congregaciones religiosas y en los institutos seculares.

Resuenan como apremiante invitación las palabras del Señor: "Alzad vuestros ojos y contemplad los campos que ya están blanquecinos para la siega" (Jn 4, 35). "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38). Es esencial acoger esta invitación con fe llena de esperanza. Sin una oración específica, frecuente, perseverante y confiada, no

puede existir verdadera pastoral vocacional. Esta oración debe reflejar la propia disposición interior a colaborar activamente en la promoción de las vocaciones; debe hacer todo lo posible, no sólo para despertar vocaciones, sino también para la perseverancia de los "llamados", para su santificación y para la eficacia de su misión.

3. La Jornada de las Vocaciones adquiere un relieve especial en el marco del Año Mariano que reúne a todos, Pastores y fieles, en torno a María, Madre del Redentor, modelo de todos "los llamados" y mediadora de las vocaciones.

Cada uno de los llamados, al elevar su mirada a María, encuentra en Ella un modelo perfecto para el conocimiento del designio de Dios; para seguir con decisión al Señor según su voluntad; para aceptar con humildad y gozo los sacrificios que conlleva esta elección de servicio y amor (cf. Lc 1, 28-38; Jn 19, 25).

La comunidad creyente, al mismo tiempo que cumple su deber en lo que se refiere al cuidado de las vocaciones, ve en María Santísima a Aquella que "con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna" (*Lumen gentium*, 62) —y por tanto también los dones de las vocaciones— y la invoca como Madre de todas las vocaciones. En efecto, con amor de madre, Ella coopera en la regeneración y formación de los hijos e hijas de la Iglesia. Las palabras que le dijo Jesús desde la cruz: "Mujer, he ahí a tu hijo", y al discípulo: "He ahí a tu Madre" (Jn 19, 26-27), son las palabras que determinan el lugar de María en la vida de los discípulos de Cristo y expresan su nueva maternidad espiritual, en el orden de la gracia, porque Ella implora el don del Espí-

ritu Santo, que suscita nuevos hijos de Dios (cf. *Redemptoris Mater*, 44).

4. Dirijamos, pues, nuestra mirada a María para ver y admirar no sólo a la que, escogida, preanunciada, preparada y llamada, respondió mejor que nadie a la especial vocación de la que Dios la hizo objeto, sino a Aquella que, más que nadie, vela para que el designio de salvación alcance a todos y a cada uno, según la admirable disposición de Dios que a todos llama a colaborar con El (cf. 1 Tim 2, 4).

Exhorto a mis hermanos en el *Episcopado*, a los *sacerdotes* y sus colaboradores, a las *órdenes y congregaciones religiosas*, particularmente a las que, por un carisma especial, se dedican al servicio de las vocaciones, a los *catequistas*, a los *maestros* y a cuantos de alguna forma están comprometidos en el apostolado vocacional, a que, el domingo del Buen Pastor, y a lo largo de todo este Año Mariano pongan de relieve en sus catequesis esta presencia materna de María en el despertar y guiar las vocaciones.

Los santuarios marianos, esparcidos por todo el mundo, se convierten en lugares privilegiados de animación vocacional y en centros de oración fervorosa por las vocaciones, para que, bajo el patrocinio de María, nuestras plegarias al Dueño de la mies sean acogidas favorablemente.

Exhorto, una vez más, a las *familias cristianas*, definidas como el primer seminario y reserva insustituible de vocaciones (cf. *Optatam totius*, 2), a que creen un clima de oración cristiana y mariana que favorezca entre sus hijos la acogida de la llamada del Señor, su generosa respuesta y su perseverancia gozosa.

Para los *jóvenes* sobre todo, mi mensaje se hace invitación y exhortación. *Quisiera que la juventud del*

mundo entero se acercase más a María. Ella es portadora de un signo indeleble de juventud y belleza que no pasan jamás. Que los jóvenes tengan cada vez más su confianza en Ella y que confíen a Ella la vida que se abre ante ellos.

A María, Madre de la divina gracia, confío las vocaciones. La nueva primavera de vocaciones, su aumento en toda la Iglesia, sea en nuestro tiempo, y en el mundo entero, una prueba especial de su presencia materna en el misterio de Cristo y en el misterio de su Iglesia.

Oremos:

A Ti nos dirigimos, Madre de la Iglesia, A Ti, que con tu "fiat" has abierto la puerta a la presencia de Cristo en el mundo, en la historia y en las almas, acogiendo con humildad silencio y total disponibilidad la llamada del Altísimo.

Haz que muchos hombres y mujeres escuchen, también hoy, la voz apremiante de tu Hijo: "Sígueme". Haz que tengan el valor de dejar sus familias, sus ocupaciones, sus esperanzas terrenas y sigan a Cristo por el camino que El les señale.

Extiende tu maternal solicitud sobre los misioneros esparcidos por el mundo entero; sobre los religiosos y religiosas que asisten a los ancianos, enfermos, impedidos y huérfanos; sobre los que trabajan en el campo de la enseñanza; sobre los miembros de los institutos seculares, fermento silencioso de buenas obras; sobre quienes, en la clausura, viven de fe y amor y oran por la salvación del mundo. Amén.

Con estos deseos, imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerables hermanos en el *Episcopado*, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a todo el Pueblo de Dios y, en especial, a los jóvenes y a las jóvenes que con generoso entusiasmo acogen la invitación de Jesús a seguirle.